



POR

José Peon y Contreras.



MÉXICO

IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON,
Avenida Oriente 6, Nº 163.

1891

VELEIDOSA

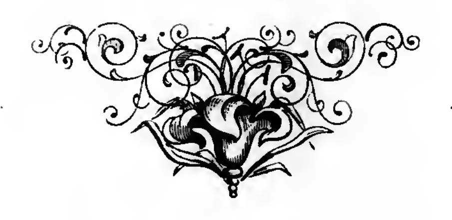


José Peón
Contreras

VELEIDOSA

POR

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

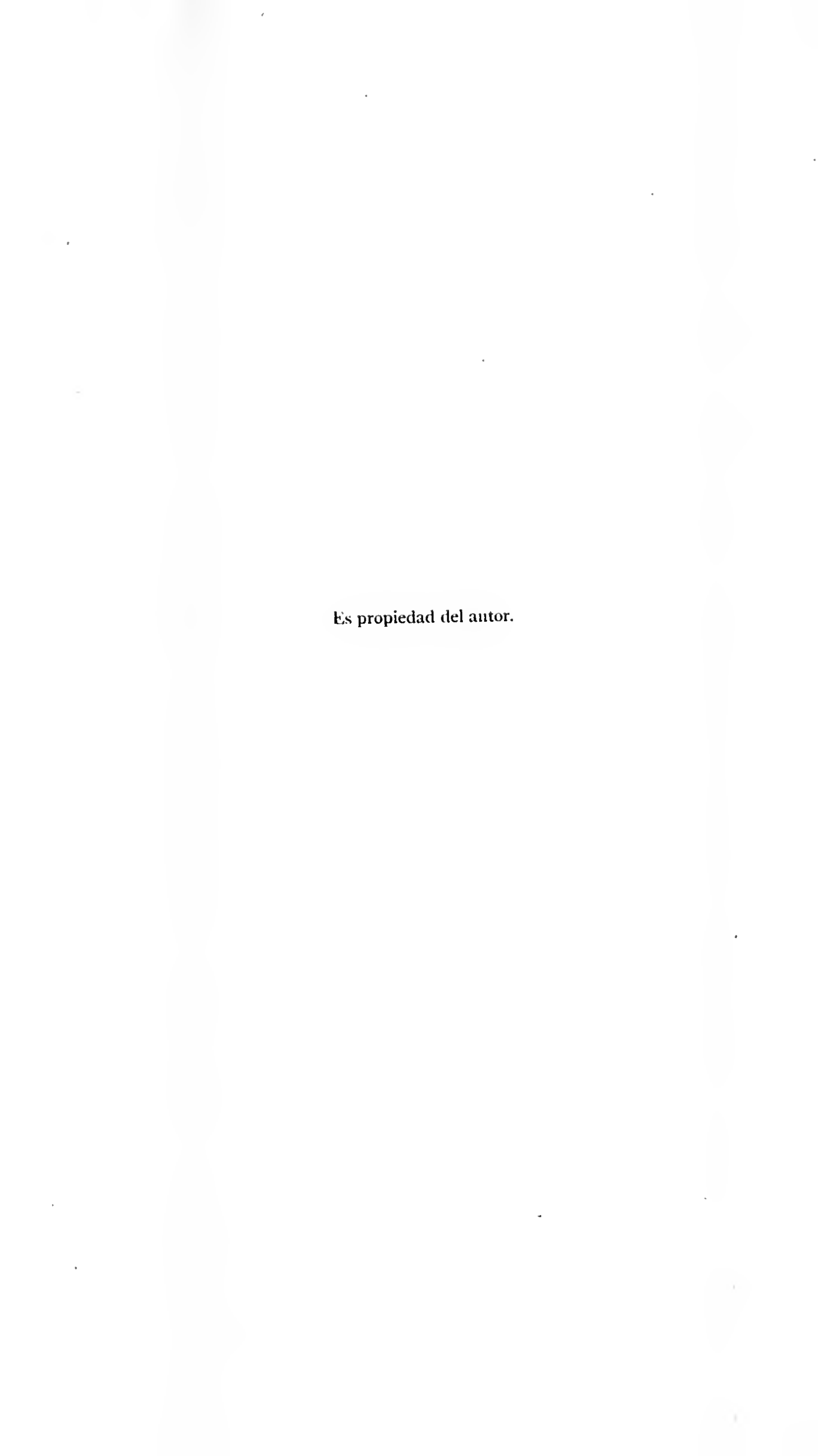


MÉXICO

IMPRENTA DE FRANCISCO DIAZ DE LEON,

Avenida Oriente 6, Nº 163.

1891



PRÓLOGO.

ESTA novela es un poemita. ¿Por qué no está en verso? ¡Cuánto mas luciría con uno de esos trajes fastuosos, recamados de oro, salpicados de perlas, que da Peon á sus ideas, haciendo á esta, princesa; á esa, infanta; á aquella, reina. Él, tan pródigo de talento, de amor, ¿por qué fué avaro? Pido versos para esta obra que es la verdad, vista por unos ojos tristes, al través de la poesía. ¡Amor aquí; olvido allá: lo que soñamos; lo que vemos!

Parece, aunque no tiene las divagaciones filosóficas y humorísticas, propias de Campoamor, uno de esos "Pequeños Poemas" que tanto y tan deliciosamente hacen sufrir. Corretea la poesía, abre una

puerta, y se encuentra á la triste verdad vestida de luto. Huye; cierra los ojos; canta para que el miedo, amigo del silencio, no la siga; abre otra puerta, la que cree del jardín.... ¡y detrás de ella está la del vestido negro!

Así es *Veleidosa*. Dando cuerpo y color á esta novela me la figuro como la *Mártir Cristiana* de Paul Delaroche. Es blanca, es rubia, está pálida y flota muerta, sonriendo, en las ondas azules adormidas.

Pero esa mártir no es ella, no es *Veleidosa*, sino la alma triste de su doliente enamorado. Tiene la suprema belleza: la que da el haber amado mucho, sufrido mucho y morir perdonando. Esa es la belleza que arrodilló á la humanidad ante el profeta esenio de la dulce mirada.

No se puede leer sin enternecimiento el libro de Peon. Es una historia vulgar, narrada con emoción y con talento; y porque es vulgar, conmueve. Ni siquiera es de las ocurrencias sociales que dan asunto á la crónica escandalosa ó á la crónica del crímen. Es de los dramas ignorados que se ocultan tras una gacetilla titulada "Defunción" ú otra gacetilla titulada "Matrimonio." Salvador ama á Veleidosa—la llamo así porque su nombre propio me desplace—se aman los dos; Veleidosa olvida; Salvador sigue amando, y después muere. Esto es co-

rriente, llano, se ve todos los días.... y por eso conmueve más. Es el dolor que ya sufrimos, salvando la vida, ó es el riesgo á que estamos expuestos. Unos, recuerdan con tristeza; otros, preven asustados; pero todos los que aman ó ya amaron, leen el libro.

No me antipatiza Veleidosa. Es mujer, y no tiene la culpa de ello. Ya la había conocido Lope de Vega cuando dijo que la mujer es tornadiza como el viento y las olas; y ya la había pintado Francisco I en la vidriera de un castillo al grabar la máxima famosa:

Souvent femme varie
Bien fol est qui s'y fie;

ya lo sabemos todos, aunque siempre lo olvidemos. ¿ Podeis casar indisolublemente á una mariposa con un mirto? Imposible ¿verdad? Y tal vez por esa misma volubilidad la mariposa y la mujer son tan bonitas. Al guijarro pisamos; tras de la alondra corremos. Nos encanta el agua que travesea y que salta; la luz que muda de trajes, ya vistiendo el de oro, ya el azul, ya el de plata, y que viene, se va, nos ama y nos olvida; nos hechiza todo lo que vuela, todo lo inconstante, como el pez que aparece, brilla y se escabulle; como la espuma efímera; como el iris rápido. Tal vez el diamante nos parezca hermoso porque cambia de luces. En cambio, el ciprés impasible, inmutable, inmóvil, casi nos infunde tristeza Solo que, sabiendo

todo esto, aspiramos con infinita aspiración á algo eterno. ¿Buscarán las almas, como el agua, su nivel? ¿Vendrán de cimas cerúleas en donde las rosas viven vida perdurable? ¿Vamos á esas cúspides por otra nueva escala de Jacob, como creen los flamantes magos del espiritismo; caímos de ellas, como asegura la doctrina cristiana, para volver á encumbrarnos por el camino del Calvario; ó enfermos, dementados, pedimos lo infinito á lo finito y lo eterno á lo mudable....? Shakespeare—mal traducido—dice: *Fragilidad, tienes nombre de mujer.* Eso no es cierto: la fragilidad es tan femenina como la vida. Y sin embargo, las aspiraciones nuestras y las instituciones en que las hemos corporizado, descansan en la perpetuidad del sentimiento.

Veleidosa—nombre alado—no me antipatiza, porque no es responsable. Un niño ve un juguete y quiere cogerlo, se lo dan y lo rompe; se acerca á una bujía, palpa la flama, quémase y llora. Y Veleidosa es niña, no es mujer, porque las mujeres no son mujeres sino después de haber amado mucho, sufrido mucho ó haber sido madres.

Veleidosa quiso al artista, su amante, como la niña quiere al muñeco de porcelana que vió en la juguetería. Y le rompió la vida, como la traviesa rompe su muñeco...... ¿No os han dado tristeza nunca los juguetes rotos?.......

Salvador era para Veleidosa un juguete encantador. Dice un poeta:

La mujer, como el ave, se enamora
De todo lo que brilla y hace ruido.

Y Salvador brillaba, hacía ruido, era un color hermoso, como el de los vestidos en moda, era una música agradable como la de la danza que se baila de preferencia en los salones; era un pompón de plumas para su tocado; un clavel escarlata para su cabello.

Tomar el alma de aquel artista como se toma una sonajita de plata; jugar con su corazón como con un volante de raqueta; verse retratada por ese pincel mágico; impedir que retratara á otras hermosas, ¡qué irresistible tentación! ¡Qué linda travesura!

Y es tan fácil decir: *te amo.* Son tres sílabas.... casi dos. Y ¡te amaré eternamente! se dice en esos instantes en los que cabe la eternidad por breve rato. Después...... hace frío, da sueño, se bosteza y se duermen cansados los amores. ¿Qué culpa tiene Veleidosa de que haga frío y de que dé sueño?

Lo malo fué que Salvador era soñador. Pintaba paisajes en su vida, como en el lienzo. Aquí flores; allá, aguas bullidoras, y cubriendo todo un cielo azul que parece no acabarse nunca. Él creía en el amor eterno...... ¡Algunos creen así! Acaso él mismo no habría logrado hacer el suyo inmortal, porque se

requiere que venga la desgracia para que, convirtiendo en marmóreas estatuas yacentes los recuerdos, haga que vivan luengos años los amores.

¡Qué bien nos pinta Peon Contreras el contraste que, al nacer, presentaron esas dos simpatías: la de él á ella, la de ella á él! Veleidosa se detiene un momento, como rehilete clavado con alfiler de oro. Ama á Salvador por su donairoso traje de artista, por la luz que cae de la ventana al caballete, por la paleta que brilla, por la marina empezada, por el nombre de él, por la aureola de gloria que rodea esa hermosa y varonil cabeza.

Salvador la llega á querer, más que por bella, por débil, porque está enferma. Su alma de artista es femenina; también ama lo bello por ser bello; pero luego ese amor se convierte en hijo suyo, y entonces quiere como una madre. Y por eso, por ser como de madre, vive el amor de Salvador más que el de Veleidosa.

¿En cuál cariño canta la maternidad cuando la heroina de la novela está pálida, enferma, y va á morir? ¿En el de Genoveva que es la madre humana? No; en el de Salvador. Ese pintor se vuelve médico; deja la alegre luz de su taller por la amarilla de la veladora; ya no oye á los pájaros en el bosque, para tener música en el alma al pintar sus paisajes, sino la tosecita de la pobre tísica; prepara la tisana;

estudia en libros la dolencia de su amada, mientras ella reposa; corre al hospital á consultar á sus amigos médicos; á ver cómo son, cómo están las atacadas de ese propio mal; tiembla cuando la hoja amarillea, cuando llovizna, cuando el aire enfría; y á costa de sacrificios y de esfuerzos, salva por fin á aquella criatura, como salva una madre á su hija.... para que más tarde se la lleve algún amante.

Todo ello está dicho con becqueriana poesía en algunos capítulos de la novela. Ya al leerlos adivinamos lo que seguirá. Salvador va á ser pronto infeliz. ¡Es tan bueno!

Veleidosa recobra la salud y pierde el cariño romántico, de convaleciente, que la unía á Salvador. Vuelve á ser Veleidosa. Antes había dejado de serlo porque estaba como postrada en su sillón de enferma. El crepúsculo vespertino de este amor en que todavía queda cariño y gratitud, y el deseo de irse desasiendo dulcemente, sin forzar, sin ofender la mano, todavía ardorosa, que detiene á la helada, está pintado admirablemente por Peon. Hay frío afuera—dice el corazón—y á cada rato se asoma á los ojos para ver si llueve. Sobrecoge el espíritu un miedo vago. Está nublado. Se presiente, casi se cree; pero no se quiere creer.

La que ya no ama, como Veleidosa, se pregunta: —¿cómo seré algo buena, al ser mala con el?—

Quiere que su novio entienda lo que pasa sin decírselo ella. Daría algunos años porque coqueteara—nada más coqueteara—con alguna otra. ¡Ah, pero entonces los amantes son muy fieles! Temen sus corazones y por nada salen de aventura. De modo que algo brusco es necesario para desatar ó romper el nudo.

Entristece ese Salvador que se resiste á comprender; apena cuando transige; conmueve cuando se queda solo en su cuarto, y solo ya en la vida. ¿Por qué amó á Veleidosa.....? Pero ¿y si hubiera amado á otra.....? ¿Y si se hubiera unido á ella.....?

Ya el artista vendió sus bienes más queridos para marcharse á Europa; ya va en el mar, y desde el barco dice adios á todo lo suyo, como el poeta pintado por Gleyre se despedía, en la orilla, de sus venturas y sus sueños.

De Veleidosa nada se nos dice, ni tampoco interesa que nos hablen de ella. Baila, juega, rie, mariposea. Salvador es apuesto, joven, tiene genio, y otras mujeres más ó menos veleidosas le sonrien. Pero pertenece á esa casta de soñadores que aman el dolor más que el amor, y cuando lo hallan se unen para siempre á él.

El dolor, en el hombre de genio, cuando no lo lleva á las cumbres altísimas, lo lleva al vicio. El ajen-

jo atrae, como la mirada verde de una mujer con la que solo pensamos pasar algunas horas. Se quiere como volverse cuerdo enloqueciéndose. Para despreciar á la mujer, se buscan muchas mujeres. ¡Cuántas confesiones mudas oye el vaso! Entre la copa y los labios, ahí suele estar el drama. Y en los lechos impuros ¡cuántas veces se ha refugiado un sueño casto, un recuerdo tierno, una memoria de pureza, algo hermoso que fué bueno!

Salvador no se corrompe, se profana. Se mancha y no se limpia, porque ya no necesita estar aseado. Siente una inmensa necesidad de sueño y bebe para dormir. Pero no se ahoga su bondad en esas charcas á que ha caído. Una suave resignación exhala su alma. ¿Por qué culpar á Veleidosa? Tal vez tuvo razón; tal vez la habría hecho desdichada; ¿no era vicioso? Y no, no era vicioso: era desventurado. Pero quería afearse moralmente él mismo, por amor, para disculpar á la traidora.

Por fin, enferma y muere. Muere perdonando. Su última carta es de una delicadeza extrema. Parece auténtica, escrita por Salvador, y este es el más alto elogio que puedo hacer de Peon Contreras.

En *Veleidosa* hay verdad, hay ternura y hay poesía. Chispean entre sus hojas, como brillantes luciérnagas, frases luminosas. Se ve que ese drama ha pasado: diríase que Peon asistió como doctor al mo-

ribundo y que escuchó como poeta sus íntimas confidencias.

Al cerrar el libro, se aplica el oido á la cubierta para oír los latidos de un corazón que en él queda. Está en prosa; pero esa prosa es como la fronda de los árboles: abriga muchos nidos y en los nidos muchos cantos.

¿Por qué es tan breve? ¿Porqué no está en verso?

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

México, Mayo 1891.



VELEIDOSA

I

La luz de la alborada entra por los quicios de las puertas, iluminando débilmente los objetos con ese resplandor indeciso y opaco, semejante al crepúsculo vespertino. Amanece. La lámpara que ardió toda la noche en la estancia, moribunda ya, apenas deja ver claramente la mesa cubierta con un mantel de lino y los vivos dorados del hábito negro de una imagen de Santa Rita, la abogada de imposibles. Cuando la llama resuella y se enciende á intervalos, se ven, bosquejadas en la sombra, las dulces y juveniles facciones de

la religiosa, envueltas suavemente en el blanquísimo tocado de su Orden, y aun pueden sorprenderse un segundo, el Cristo que sostiene con su mano derecha y el libro y la calavera descansando en su otra mano.

Poco á poco, á la claridad que surge del suelo, van apareciendo las sillas, el sofá y los demás muebles, todo sin líneas, esfumado, incoloro; nada más se detalla lo muy blanco ó lo muy negro: un sombrero de mujer, con plumas, pendiente de una perilla, el mármol del tocador con multitud de juguetillos de porcelana y de cristal, frascos de aguas de olor, de esencias, pomadas y otras baratijas femeniles, indispensables; todo herido con puntos luminosos ó rayas brillantes.

Las ondas de luz y las masas de sombra luchan, pero el día invade. Ya se distingue en un rincón el lecho, un verdadero lecho de joven, de niña mimada, de mujer bonita y elegante; angosto, de bronce bruñido, con finísimas colgaduras de encajes flotantes, y con lazos de cinta de color azul celeste.

Y allí están, junto al rodapié, sobre el respaldar de una gondolita forrada de *moiré* blan-

co, las ropas, ropa interior bordada, acuchillada, finísima; con la cifra en monograma, se ve: A. G. *(Anselma González)*. El vestido de seda, las cintas, todo en desorden, tirado allí, como quien se ha acostado de mal humor y de prisa; las medias caladas, del color del vestido, color de rosa; las ligas, unas ligas muy coquetas; el calzado, una botina encantadora, chiquitita, con moño, con hebilla sobredorada, y allí junto, en el suelo, sobre la alfombra, la flor que se marchitó anoche entre el cabello, descolorida: un príncipe.

Sobre la mesa de noche, al lado de la terna de cristal delgado, la palmatoria y el reloj, un enorme boa blanco como armiño, una pulsera de nueve anillos, mascota, y un cofrecillo chino, abierto y, dentro de él, un paquetito de cartas liadas con una cinta de color de lila. Junto con el paquete de cartas un retrato en miniatura extraído de su medallón de oro, que se ve también allí, vacío.

Las cortinas del lecho están corridas, no se ve á nadie; pero el bronce cruje; de cuando en cuando un suspiro, un quejido, se escapa del interior. La que allí se acuesta, va á despertar

ó quiere dormirse; quién sabe! De repente un movimiento brusco hace que todo estalle: se han vuelto del otro lado, dél lado de afuera, no del lado de la pared. Una mano pequeña, blanca, ase la cortina, la levanta, se ve un brazo torneado, lindísimo, y en seguida, saliendo, una cabecita de mujer, muy viva, muy despierta. Semblante contrariado, uraño, la ojera muy extendida, muy morada, mucho. Aquella mujer no ha dormido.





II

SALTA del lecho, y en un instante está vestida, vestida á la ligera, con una bata y unas chinelas, hoja seca, bordadas con hilos de colores.

Qué linda Anselma González; pero más que linda, graciosa. Es rubia; pero no mucho; el oro de su cabellera parece tostado al sol de la playa y le rastrea hasta la mitad del muslo. Lo primero es verse al espejo; allí está! Acaba de entrar su tía. Su tía es..... su tía: muy gruesa, ni joven ni vieja, ni alta ni baja; regular; nada importa, se llama Genoveva.

Genoveva, al verla, abre tamaños ojos y se muerde el labio inferior, de enojo.

—Muy bien; no has dormido....

—¿Y qué culpa tengo yo?.... No he tenido sueño.

—Pálida, ojerosa....

—Tía....

—Y ojalá fuera palidez de esa....

—¿Y cómo es?

—Amarilla.... verdosa.... como eres trigueña....

—¿Trigueña yó?

—¡Pero no eres blanca!

Efectivamente, no era blanca; pero eso valía más que el blanco. Tez color de piñón, fina, sedosa, limpia, cubierta de un bello, al trasluz, dorado, transparente, casi imperceptible.... había que buscarlo.

—Pero eso sí, gracias á Dios, tú no te apenas por eso.

—Te parece; sí me apeno. Y ahora más, pues necesito no parecer mal, porque estoy decidida....

—Decidida á qué?

—A dejarle...... lo he pensado toda la

noche...... Carlos es un infame, y me engaña.

—Sin embargo.... hija.... tú....

—Y bien, tía, siga usted....

—Tú no te portas muy bien.... acuérdate.

—Pero él no lo sabe.

—Dí que ya no le quieres.... que te gusta otro....

—¿Y si así fuese?

Esto último lo dice con imperio, como inquiriendo la voluntad de su tía.

—¿Si así fuese? Será lo que tú quieras. Yo no puedo negarte nada.... voluntariosa.... consentida....

—Pues mira, tia, anoche escribí la carta.... aquí está.

Debajo de una estatuita que representaba á Apolo cogido de la oreja por un cupidillo alado, y en actitud de lanzar con la mano que le quedaba libre una de sus traidoras flechas, yacía una esquelita que Anselma extrae cuidadosamente para no ajarla. La forma vale.

—¿Es la carta de.... despedida?

—Sí.... y allí están sus cartas.... tómalas, sobre el *buró*.

Genoveva, al verla, abre tamaños ojos y se muerde el labio inferior, de enojo.

—Muy bien; no has dormido....

—¿Y qué culpa tengo yo?.... No he tenido sueño.

—Pálida, ojerosa....

—Tía....

—Y ojalá fuera palidez de esa....

—¿Y cómo es?

—Amarilla.... verdosa.... como eres trigueña....

—¿Trigueña yó?

—¡Pero no eres blanca!

Efectivamente, no era blanca; pero eso valía más que el blanco. Tez color de piñón, fina, sedosa, limpia, cubierta de un bello, al trasluz, dorado, transparente, casi imperceptible.... había que buscarlo.

—Pero eso sí, gracias á Dios, tú no te apenas por eso.

—Te parece; sí me apeno. Y ahora más, pues necesito no parecer mal, porque estoy decidida....

—Decidida á qué?

—A dejarle...... lo he pensado toda la

noche...... Carlos es un infame, y me engaña.

—Sin embargo.... hija.... tú....

—Y bien, tía, siga usted....

—Tú no te portas muy bien.... acuérdate.

—Pero él no lo sabe.

—Dí que ya no le quieres.... que te gusta otro....

—¿Y si así fuese?

Esto último lo dice con imperio, como inquiriendo la voluntad de su tía.

—¿Si así fuese? Será lo que tú quieras. Yo no puedo negarte nada.... voluntariosa.... consentida....

—Pues mira, tia, anoche escribí la carta.... aquí está.

Debajo de una estatuita que representaba á Apolo cogido de la oreja por un cupidillo alado, y en actitud de lanzar con la mano que le quedaba libre una de sus traidoras flechas, yacía una esquelita que Anselma extrae cuidadosamente para no ajarla. La forma vale.

—¿Es la carta de.... despedida?

—Sí.... y allí están sus cartas.... tómalas, sobre el *buró*.

—Bien, se lo enviaré todo. Y apenas tienes, niña, diez y seis años, ¡y van cuatro!

Por toda respuesta, Anselma hace un gracioso mohín, y una sonrisa de satisfacción se dibuja en sus labios rojos y húmedos como una guinda reventada.

Genoveva vuelve á poco. Ha entregado la carta, un criado se la ha llevado. En manos de un criado sale el amor de aquella casa. Mariposilla de alas doradas, ayer viva, hoy muerta; porque así mata Anselma; sin piedad, sin misericordia....

—¿Ya está?

—Yá.... ya no tiene remedio.

—Mejor.

—¿Adónde vamos ahora?

—¿Adónde? ¿dónde iremos? ¡qué fastidio! ¡Ni á dónde ir!

—A la calle de Plateros.

—A ver.... ¿lo de siempre?.... nó.... allí nó.

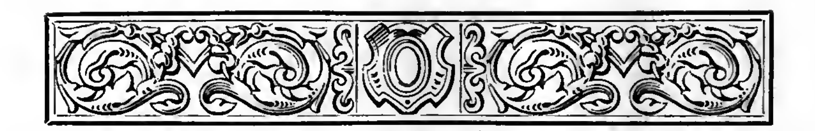
—Iremos....

—Calla; sé adónde.... sí. A la Academia de San Carlos.

Y cantando, alegre, risueña, Anselma se vis-

tió, se emperejiló, se puso guapa, sí señor; lo que se llama muy guapa, porque lo era; no se le podía negar; y se asomó al balcón en espera de su tía Genoveva, que aun daba sus órdenes para el buen servicio de la casa.





III

s natural, lector, que desees informarte de quién era Anselma, y no te cansaré mucho para dártela á conocer.

Huérfana á los cinco años, había sido recogida por Genoveva, hermana de su padre. Genoveva gozaba de cierta posición, era industriosa y además, que esto es lo principal, económica como buena solterona; solterona de profesión, si así puede decirse, pues jamás pensó en casarse.

Casa propia en la Alcaicería, como quien dice, el centro de México, y una renta de dos

mil cuatrocientos pesos anuales le aseguraban subsistencia, más que holgada, para ella y para su sobrina, á quien tenía la debilidad de amar hasta la exageración.

Habíala educado como á señorita de casa grande, cuidando, á consecuencia de aquel mimo, más del cuerpo que del alma de la niña, más de las prendas físicas que de las cualidades morales de aquella criatura, por otra parte bastante bien inclinada.

Aprendió á leer, escribir y contar porque Dios y ella quisieron; porque el cielo la dotó de inteligencia y porque su curiosidad, que era mucha, la arrastraba á indagar lo que decían aquellos libros que su tía leía con tanta avidez y con tan sobrada tenacidad, incesantemente; pues Genoveva no hizo nunca otra cosa en su vida, que leer cuanta novela cayó en sus manos.

Anselma, desde los once abriles, fuera de los ratos que dedicaba voluntariamente al estudio, y de la hora destinada á la lección, ocupaba el día en componerse, en mirarse al espejo, en jugar algo á la muñeca y en asomarse al balcón. El balcón sobre todo. Puede decirse que en él vivía. Su casa, por consiguiente, era la calle.

La calle de su casa, concurrida siempre, era su teatro. Conocía á todos los personajes que frecuentaban su largo escenario y estaba al tanto del papel que representaban. Pero lo que más le entretenía, absorbiendo su atención, eran las escenas amorosas del vecindario. Se sabía al dedillo la hora de las citas y allí estaba, firme, en todo tiempo, testigo implacable del coloquio del amor. Tomasa, Elisa, Isidora, Exaltación, Lucía.... sobre todo Lucía, su vecina de enfrente; hábil, traviesa, interesante, muchacha de ir y venir, de flores, de cartas, de besos volados, de suspiros y de lágrimas....: todo allí.... delante de Anselma que lo miraba llena de contentamiento, embelesada, que hasta la oía, cuando en medio de su amorosa exaltación y en el calor de sus celos, Lucía dejaba caer, balcón abajo, sobre su novio, aquella tempestad de enojosas palabras, de amenazas, de imprecaciones, que terminaban siempre en un diluvio de frases cariñosas llenas de arrepentimiento y de pasión.

Sistema admirable: enseñanza objetiva.

Genoveva entretanto devoraba á Escrich, Dumas y á Fernández y González, y se empa-

paba la fantasía en las inspiraciones de Zorrilla, Espronceda, Campoamor y Becquer sus poetas favoritos, y en lo cual razón tenía.

Era preciso, necesario, indispensable que Anselma, al cabo de muy poco tiempo, dejase de divagar el ánimo en los entretenimientos de sus vecinas. Ella debía también tener un novio; pero comenzó por los chicuelos de la vecindad, cuatro ó seis, señitas, recados.... nada.... Corrió el tiempo. Era preciso un novio formal, y lo tuvo.

A Genoveva le cayó muy en gracia y le pareció una monada, y hasta se imaginó quién sabe qué cosas de su sobrina, al pensar en la precocidad de aquel corazoncito, impresionado viva y profundamente al comenzar sus latidos. —"¡Qué sensibilidad tan exquisita revelaba aquella inocente alma, entregada al amor tan tierna aún! ¡Qué le reservaría el porvenir de sufrimientos y amarguras, cuando tan niña y tan pura, derramaba en el altar del amor las primicias de su llanto; las lágrimas del infortunio!"

Era el amante también un niño; alumno del Colegio Militar, imberbe y bonito con su uniforme nuevo de gala.

Una noche Anselma estaba en el balcón. Acababan de sonar las oraciones. El amante de Lucía llega, silba, silba por tres veces. Aparece Lucía y.... arde Troya. El amante resultaba infiel; desleal de todo punto.—¡Infame, villano!—exclama Lucía.—Aquí tienes la prueba, el testigo de tu traición y de tus falsedades.—Le arroja un papel, el amante lo recoge, enmudece y Lucía continúa:—¡Niega, niégalo ahora, malvado! ¡Todos los hombres son iguales! ¡Adios!—Y desapareciendo tras de la persiana, cierra el balcón en ademán violento y trágico.

—¡Todos los hombres son iguales! repite Anselma, más conmovida aún que su vecina.

Al día siguiente, el alumno de la Escuela Militar fué despedido porque "todos los hombres son iguales."

Y terminó así la primera aventura de Anselma.

Genoveva se rió mucho, á más no poder.

Anselma al contrario, lloró mucho; pero trascurrido apenas un mes, entraba en campaña el sustituto. Era un jovencillo, pasante de leyes, acicalado y rico, bastante rico; buen ji-

nete, valsador incansable. A los seis meses de relaciones fué reprobado, por tercera vez, en sus exámenes y su padre lo envió á educarse á los Estados Unidos. Aquello fué espantoso. Duró ocho días el extrago que comenzó á disiparse con la lectura de la primera carta del ausente; una carta de ocho pliegos.

Carta vá y carta viene; muchas impaciencias, muchos viajes al correo, viajes personales; poco á poco aquel amor epistolar murió de frío; mejor dicho, de cansancio.

Anselma se aburría; fué necesario llevarla á toda clase de diversiones, y una noche en el teatro.... en el teatro se fijó en que unos gemelos le disparaban con tenacidad el poderoso foco de sus lentes, y se dió por vencida.

El tercero entonces se presentó en escena.. amante vulgar, fastidioso, muy aficionado á escribir.... Cada vez que hablaba con Anselma, ya en la casa, ya en el balcón, después de la plática, le entregaba un papelito que exigía una respuesta. Aquello era terrible sin contar con los extras, con las sorpresas: v. gr.: un día, al desdoblar la servilleta á la hora de comer, cayó al suelo un billetito. Otra vez en la igle-

sia, al abrir el libro de misa. La última ocasión al ir á un baile, oculta en el dedo pequeño del guante izquierdo, una tira de papel delgado con dos cuartetas copiadas de una bellísima poesía popular, en voga entonces.

Intolerable, perfectamente intolerable, y le cayó encima la sentencia: despedido.

Anselma se pasó los días decepcionada, inquieta, sin sosiego, sin alegrías, sin sueño; pero sin novio.

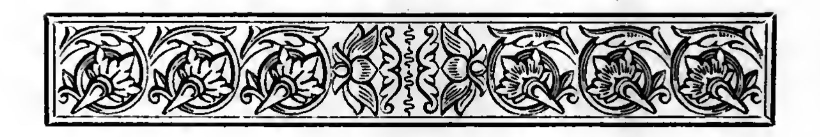
La temporada fué larga: más de un año.

Eso era excesivo; hasta á la misma tía Genoveva le hacía falta aquel bultito al cual habíase, como ella misma solía decir, habituado.

Y le tocó su turno, pasado este tiempo, á Carlos; al Carlos cuya época alcanzamos aún, en su última noche, al comenzar este libro.

Dos años vivieron estos amores como las aves en el nido.





IV

ANSELMA acababa de cumplir diez y nueve años; pero Genoveva, que contaba mal cuando le parecía conveniente, se los tasaba en diez y seis.

El corazón de la muchacha se había formado ya, y este amor de Carlos habíala impresionado vivamente.

Carlos le enseñó muchas cosas que ella ignoraba, la dedicó á la lectura de los buenos libros, se empeñó en que bordara, en que tejiera al gancho, en fin, hizo todo lo posible por ocuparla, así como quien no quiere la cosa; to-

do para substraerla del balcón, de la novelería y de los chismes de la calle.

Genoveva observaba aquel cambio de los hábitos exteriores de su sobrina con indiferencia, sin darle ninguna importancia; era igual, como que la niña solamente lo hacía por satisfacer los caprichos de un novio temático y hasta cierto punto ridículo. Así al menos le parecía á Genoveva.

Mas aconteció que Carlos recibió su título en la Escuela de Ingenieros. Su posición social sufrió un cambio favorable. Tenía la protección del Ministerio de Fomento. Estaba emparentado con un jefe de sección, influente; y se le propuso un destino en los trabajos de la cuestión de límites.

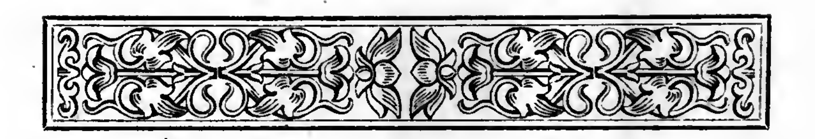
Este jefe de sección, su tío en cuarto grado, pero tío al fin, le hizo las proposiciones, y al mismo tiempo le metía por los ojos á una entenada suya, muy bella, juiciosa, que nunca había tenido novio, un poco tontuna y heredera al mismo tiempo de un capital de consideración. El porvenir así estaba hecho. Carlos meditó, reflexionó, pidió consejos aquí y allá ó se los dieron á veces sin pedirlos y.... te-

nía que suceder: Anselma era un estorbo. Ella lo comprendió.... lo adivinó.... se convenció al cabo, y después de muchos días muy largos y de muchas noches más largas aún, de celos, de insomnio, de desesperación; después de buscar por todas partes algo que la distrajera, otro á quien querer, una nueva ilusión en fin, antes de despachar á Carlos con la música á otra parte; una tarde, después de una escena violenta entre ambos, durante la cual ella afirmaba y él negaba, pero negando con tibieza y con frases entrecortadas y vagas, tomó su resolución. El amor propio antes que nada: escribió la carta aquella de despedida, lacónica, terminante.

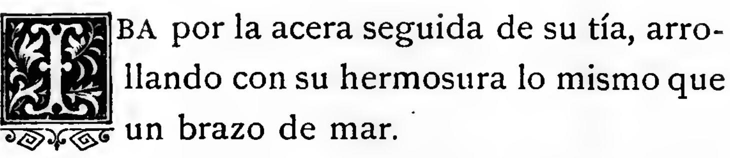
Ya sabemos cómo fué enviada, al amanecer de ese día, tras una noche de desesperación y de mal dormir, y ya sabemos también que acababa de vestirse para ir á entretenerse á la Academia de Bellas Artes.

Anselma tenía un plan.





V



IBA por la acera seguida de su tía, arrollando con su hermosura lo mismo que un brazo de mar.

Alta y delgada, envidia en las mujeres y admiración en los hombres despertaba al ser vista, aquella mujer tan joven, tan esbelta, tan airosa; y qué original el ligero movimiento ondulante y voluptuoso de su cabeza; y qué donaire, al andar, en el estrecho círculo de la cintura, sosteniendo el busto elegante, sobre la movible y desenvuelta cadera que parecía derrumbarse. Y así iba, así, tocando apenas el

suelo con los diminutos piés primorosamente calzados.

Altiva y majestuosa, al sentir la mirada á veces inquisidora, á veces impertinente de las unas y al oír el ¡ah! de la sorpresa de los otros, dejaba vagar una sonrisa sobre sus labios entreabiertos y desdeñosos, y afirmaba el paso y seguía su marcha imperturbable lo mismo que una reina orgullosa cruzando por en medio de sus cortesanos.

De cuando en cuando miraba á alguno con esa mirada penetrante y luminosa de la mujer que sabe cuánto vale, y satisfecha de su triunfo, cerraba un rápido instante el enrejado cancel de sus largas pestañas, instantánea sombra que pasaba sobre sus pupilas como una nube obscura por el sol.

Entró en la Academia cuando acababan de abrirse las puertas de sus vastas galerías. Poca gente había allí. Era aún temprano, y un hombre, especie de cicerone, trigueño, melenudo, se les acercó para servirles de guía. Al entrar en el salón de la pintura antigua, Anselma se estremeció. Acababa de mirar lo que había ido á ver. Apoyado con el hombro en el mar-

co de una puerta, con cierto abandono, con aire triste, con la vista clavada en una figura de Baltasar de Echave, estaba un hombre así como de veintiocho á treinta años, moreno, pálido, mirada abierta en unos ojos obscuros y lucientes, rizado el pelo y negro, y negro también el traje, menos la corbata color de sangre de toro, hecha lazo por delante de un cuello blanco y lustroso como blancura de porcelana.

Ni en Anselma ni en su tía reparó, ni en otros grupos de visitantes que en aquel momento invadían la sala; pero pasado algún tiempo, en el instante en que Anselma traspasaba el dintel de la puerta en que manteníase apoyado aquel hombre, atraído irresistiblemente por la voluntariosa y tenaz mirada que hirió sus ojos, volviólos bruscamente apartándolos del cuadro, hacia la resuelta dama, bajándolos en el acto, desviándolos de aquella ardiente y poderosa pupila que le bañó el semblante en luz, como la llamarada de un relámpago.

Anselma pasó; pero escuchando el rumor de una pisada que tras la suya iba, sonando si ella andaba, dejándola de oír si se detenía.

Penetraron así en el salón del paisaje. Anselma se detuvo frente á uno, hermosísimo, lleno de verdad y de seducción.

Un rincón del mundo en un pedazo cuadrangular de tela preparada.

El cielo, azul como el cielo del Anáhuac, á la hora de la puesta del sol. Una ráfaga de viento movía aquellas ramas, aquellas hojas, y sonaba entre el follaje con melancólido ruido. Se desbordaba la fuente y una paloma sorprendida por el golpe del agua al caer sobre la baldosa, tendía las alas para emprender el vuelo, sin satisfacer, acaso, la sed que la devoraba. Así se explicó Anselma aquella pintura, respondiendo tal vez á sus propios pensamientos, temerosa de que el amor que la seguía, por el más ligero incidente volara lejos de ella, de ella que tenía en su pecho la fuente de ternura sin límites, para apagar la sed abrasadora de alma sedienta de caricias y de amores.

—¿Quién ha pintado ese lienzo? preguntó al cicerone.

—Está firmado, señorita.

—¡Ah! sí.... es verdad.... no lo había reparado,—exclamó Anselma,—y aproximó-

se al cuadro y leyó en caractéres diminutos y rojos: Salvador Morello.

—Allí está él, señorita; detrás de usted; murmuró el cicerone.

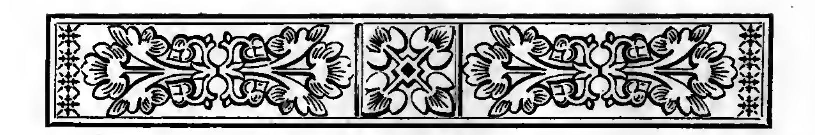
—Allí está ¿quién?

—Salvador Morello.

Anselma volvió el rostro y miró de nuevo al hombre pálido y vestido de negro.

Pero esta vez fué ella quien bajó los ojos.





VI

Le conoció en la calle; dos ó tres veces lo había visto, impresionándose con aquella fisonomía franca, hermosa y simpática, fuertemente simpática.

Aquel día, al pasar junto á él, lo había mirado con intención. Le gustaba, lo quería.

Anselma ignoraba quién era; eso nada importa á una mujer.

¿Por qué le habían herido profundamente los sentidos, primero el hombre y después la pintura?

¡Quién sabe! Eso no lo sabe nadie.

Desconocidas atracciones, lazos misteriosos, un rayo de luz que se encuentra con otro rayo de luz, una ola con otra ola, el ala del ave que roza la hoja del árbol.... ¿Por qué?....

Anselma en sus tristes horas y en sus horas alegres, soñó el amor de un artista....¡cuántas lo sueñan!

Entre el cuadro, delante de sus ojos, y el artista, inmóvil á su espalda, sorprendió ella un mundo, en un instante. Un mundo que era suyo.

Se volvió, arrastrando á Genoveva; echó á andar, pasó junto á él, volvió á mirarlo y la sangre, arrojada por el corazón en brusca sacudida á su cabeza, enrojeció sus mejillas.

Como ya le conocía, como sabía ya quién era, se creyó con el derecho de saludarlo y le saludó con un ligero movimiento, imperceptible casi.

Salvador Morello se salió á la calle tras de ella.





VII



ALLÁ iban, el uno en pos de la otra, arrastrados por el destino.

—¿Has reparado, tía, en ese hombre que nos sigue?

—Sí.

—Pues bien, yo amo á ese hombre.

—¡Anselma!

—Y él me ama también.

—¿Y cómo lo sabes?

—Una mujer como yo nunca se equivoca.

—Presuntuosa.

—Ya lo verás.

—Pero ¿quién es?....

Por su parte, Salvador, que las seguía, murmuraba entre dientes:

—¿Quién será esta mujer? decididamente yo tengo que ir tras ella hasta el fin del mundo.

Marchaban muy de prisa.

—¿Salvador?.... decíale al paso un amigo, llamándole.

—Hasta luego chico, adios.

—Oye, Salvador....

—Hasta después, le contestaba á otro.

—Una palabra, Salvador....

—Más tarde.... ahora no....

—¡Morello!—le gritaba un tercero.—Un instante....

—Está bien.... nos veremos....

—Pero.... es que tengo que hablarte....

—No.... ahora no.... por favor, no puedo detenerme.

—Es que....

—¡Voy muy ocupado!





VIII

INTOR, alumno de la Academia, paisajista, discípulo de Landesio; muy estudioso, muy pobre; alma de artista, corazón de oro.

Eso era Salvador Morello.

Habitaba una vivienda en el número 13 de la calle de Tacuba.

Su familia, para sus recursos, numerosa.

El arte no daba, y menos encerrado en el taller del maestro. Era preciso hacer esfuerzos.

Se emancipó, se declaró en rebeldía.

Pintó sólo. Iba á buscar al campo en las ma-

ñanas y en las tardes, la verdad de sus concepciones, lo real de sus ensueños. La corteza, el tronco, la rama, la hoja, la flor, la piedra; el colorido, el tono, la distancia....

Buscaba la composición en su espíritu, la armonía en sus recuerdos, la belleza en su genio.

Pasaba encerrado en su estudio largas horas del día, solo, delante de su caballete, con su paleta; mezclando los colores, emborronando los lienzos.

Era admirable en el detalle. Sorprendía la precisión de su dibujo. Pintaba triste, melancólico. En el azul de sus lagos se reflejaba, casi siempre, el azul del cielo de las tardes invernales. Lo ansiaba y nunca había contemplado el mar; fué á la playa y pintó una docena de marinas. En uno de estos lienzos el agua espiraba en la ribera en mansos rizos de espuma, el sol trasponía el horizonte, cruzaba una ave el espacio, y un lirio, solitario y triste, se abría al pie de un médano de arena.

En su estudio, como quien dice, su hogar, su templo, se sentía bien, muy bien; sólo allí. Del lado del Norte una gran vidriera cubierta

con una cortina de color obscuro, corrediza; hacía él la luz á su antojo. Sobre la mesa, sobre las sillas, arrimados á las paredes, los cartones de estudio, los lienzos en bastidores, á medio restirar, las tablas preparadas. Cuadros comenzados.... muchos. Bocetos.... apuntes.... un sin fin. Algunas pinturas de su maestro, de sus compañeros, de los muertos sobre todo; varios cuadros místicos que tenía allí para restaurar; remiendos. Dos cuadritos de paisaje, muy lindos, de Apián; paisajes de escuela inglesa, y un manequí que le servía para diseñar, á veces, sus figuras.

De repente llamaron á la puerta; tres golpecitos dados con timidez.

—Adelante, dijo.

Entró una mujer del pueblo con una esquela en la mano.

—Buenos días.

—Buenos días.

—Traigo á usted esto....

—¿Una esquela?.... ¿de quién?

—No lo sé, señor, me la dieron para traer. Adios, señor.

—Adios.

Abrió Morello el sobre. Temblaba de emoción; lo presentía, lo adivinaba.

"Estoy decidida á estudiar el dibujo; quiero pintar lo mismo que usted, ó al menos lo pretendo.

¿Podría usted darme una lección diaria, Sr. Morello?

Si no tiene usted inconveniente, espera á usted en esta su casa.

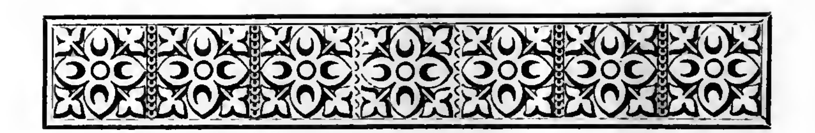
Su servidora Q. B. S. M.,

Anselma González."

Alcaicería, o.

Ante la audacia de un hombre, la mujer casi siempre se iergue, combate, rechaza; ante la más ligera insinuación de una mujer audaz, más si es bella, el hombre, mareado, aturdido, cae.





IX

LA sala á media luz. Cerca del ángulo, frente al balcón, en un sofá amplio, de resortes muelles, Anselma echada con cierto abandono y vestida con un traje blanco y vaporoso.

El iris de sus ojos de un azul transparente y límpido contrastaba con la negrura intensa de su pupila dilatada y brillante.

En el otro extremo del sofá, en actitud contemplativa y absorto, el pintor.

Genoveva sentada en un sillón, algo lejos, leyendo á favor de la luz que entraba por una

puerta entornada. No lejos del balcón el caballete y el lienzo. Sobre una silla la paleta y la caja de colores. Las pinturas de la paleta secas... hacía muchos días que no se pintaba.. ¿Para qué? Era un pretexto.

—Y.. ¿nunca pensó usted en casarse? preguntó Anselma interrumpiendo bruscamente el silencio.

—Nunca.

—Sin embargo, habrá usted tenido relaciones.... es decir, se habrá usted enamorado.

—Muchas veces....

—¿Muchas veces?

—Sí, señorita.

—Entonces será usted un hombre inconstante.... veleidoso.

—Seguramente, señorita.

Otro silencio más prolongado aún que el anterior.

—¿No pinta usted hoy? Pintamos sólo tres días y después....

—No, hoy no; mañana.... no me siento bien.

—Entonces.... Y Salvador hizo ademán de levantarse.

—¿Se va usted?

—Sí, señorita; á pesar mío....

—¿Tan pronto? No.... no se vaya usted tan pronto, converse usted un rato más.... un ratito.

—Con mucho gusto....

—Gracias.

—Sí, señorita, con mucho gusto.

Morello volvió á sentarse, acomodándose como el que se va á quedar; pero sin hablar una palabra más.

Genoveva se hallaba engolfada en un terrible pasaje del Judío Errante. Leía en el capítulo aquel que refiere cómo Rodín, azotado por el colera asiático, lucha á brazo partido con la muerte. Genoveva pues, no estaba allí, se encontraba en París en plena epidemia.

—Y.. dígame usted; pero con franqueza.. Antes de todo ¿será usted franco conmigo?

—Lo seré ¿por qué no? Lo he sido siempre. Diga usted.

—Actualmente....¿está usted enamorado de.... alguien?

—Actualmente..... la verdad..... creo que sí.

—Y.... ¿ella?

—Pues ella.... no sé.... no sé qué pensará, señorita, yo no le he dicho nada.

—Teme usted acaso....

—Sí, todo lo temo.... Tengo miedo de no ser correspondido y tengo más miedo aún de serlo. Es incomprensible ¿no es verdad? Pues, parece incomprensible; pero no es así. Si esa mujer me desdeñara, me dolería; yo no quiero sentir el dolor de su desdén. Pero, si me amase, creo que me enamoraría locamente de ella y yo no quiero enamorarme locamente ¿comprende usted? Amo el arte, adoro en él.... Necesito el arte para la vida y la vida para el arte. Esa mujer absorbería mi sér entero; para ella mis pensamientos, mis aspiraciones, mis delirios, mis días y mis noches. Necesita el artista tener ojos para la naturaleza, para la tierra con sus límites; para el cielo sin ellos. Sus ojos en los ojos de su amada ¿qué verían? ¿qué irían á buscar con ávida mirada en los reducidos círculos de dos pupilas de fuego, negras como los abismos, profundas como los abismos? Nada y todo ¿me entiende usted? Todo, porque allí está el amor y el amor enaltece el

espíritu, lo ilumina, lo inflama; el amor es fuerza.... despierta.... conmueve.... empuja. Nada, porque allí está el amor y el amor deprime el espíritu, lo llena de sombras, lo hiela; el amor es rémora... adormece... debilita... enerva. Todo depende de lo que hay allí detrás de la pupila negra de la mujer adorada, dentro de su pecho, en el fondo de su corazón. Y.... ¿cree usted que yo lo sé? ¿Puedo adivinarlo acaso? ¿Qué será esa mujer para mí? Hasta hoy, un enigma... un misterio.... La amo sí, la amo, lo sé.... no me queda duda. Así no he amado.... Amar de esta manera, es amar; y por eso vacilo y por eso dudo y tiemblo y tengo miedo. Si esa mujer me correspondiera y olvidándome después me engañara, causaría mi muerte.... Me mataría yo ó me dejaría morir que es lo mismo, y.... Basta..... Adios, señorita, adios..... hasta mañana ¿eh?.... cuántas tonterías le he dicho á usted.... ¡cuántas tonterías!....

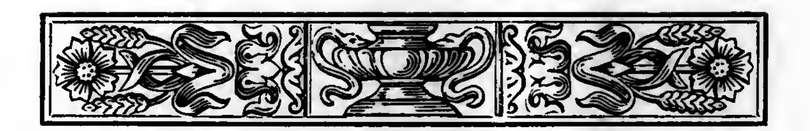
Y diciendo y haciendo, dominado por los pensamientos que expresaba, maquinalmente había tomado su sombrero y dando golpes con él sobre su rodilla derecha; andando mientras

hablaba, andando... andando.... se encontró fuera de la sala y ganando la escalera, cuyos peldaños bajó de dos en dos, salió á la calle.

—Y bien tía.... exclamó Anselma, volviendo en sí de su estupefacción....

—Y bien ¿qué?....¿Tú sabes, hija mía que Eugenio Sué tenía mucho talento?.... Este Rodín es un gran tipo.... Seguramente que los escritores, los músicos y los pintores no han de hacer otra cosa que escribir, tocar y pintar.... Sólo así se comprende que hagan lo que hacen... ¡Qué Rodín.... qué Rodín!.. ¡Ay pedazo de mi vida! es necesario que tú leas esto....





X

Al salir Salvador á la calle y emprender el camino de su casa, se encontró con un antiguo discípulo suyo, al cual había dado en la Academia lecciones de dibujo lineal y perspectiva.

Era Antonio Rojaso, precisamente aquel jovencito alumno de la Escuela Militar, novio de Anselma. El muchacho había crecido; con algún trabajo se atusaba ya algunas veces la extremidad de un bigotillo naciente.

Aunque mucho menor que Morello, era sin embargo Rojaso como se dice vulgarmente, un

tanto igualado y trataba á las gentes mayores de tú por tú, sin etiquetas, ni reparos; vamos, se subía á las barbas.

—¡Hola, hola!... Sr. Morello.. ¿cómo estamos?.... mucho gusto de ver á usted.... y ¿qué tal? ¿Muy bien? ¿La discípula es aplicada?.... ¡Si usted supiera!.... ¡si usted supiera!.... ¡si usted supiera!....

—¿Qué cosa? respondió Salvador con indiferencia, afectada por supuesto, porque cada uno "si usted supiera" había llegado á su corazón lo mismo que un martillazo.

—Y va á aprender la pintura ¿No? Pues lo que es el dibujo.... no dibuja mal....

—¿Usted había visto dibujos suyos?

—¿Pues no los había de ver?

—¿Sí? Y.... ¿cuándo?

—Hace ya algún tiempo...... Al fin usted es persona reservada...... no se lo dirá usted á nadie...... me guardará usted el secreto.

—Sí, por supuesto....

El corazón de Morello latía de una manera violenta y un malestar desconocido trastornaba su cabeza.

—Porque no quiero que Anselma llegue á decir que yo lo cuento.

—No, hombre, no.... y ¡cómo ha de saber que hemos hablado!

—Eso sí.... tiene usted razón.... usted no ha de decirle nada.... ni en chanza.... Pues ha de saber usted que fué mi novia.... ¡yo la enseñé á querer!

—¡Ah! ¿Sí? pues debe usted de estar muy satisfecho porque es una mujer....

—Que vale mucho ¿no es verdad? qué interesante, qué graciosa, y.... ¡qué ardiente! ¡No he conocido yo una muchacha más ardiente!

Salvador se puso pálido....

—Lástima.... continuó Rojaso, es lástima que sea tan vanidosa y tan coqueta..... coqueta sobre todo....

—¿Coqueta? No me ha parecido....

—Con ese aire al parecer formal y serio.... ¡ha tenido tantos amoríos!... ¡si usted supiera!.... ¡si usted supiera!....





XI

Se pasaron muchos días sin que Salvador apareciese de nuevo por casa de Genoveva. ¿Qué se había hecho de él? Anselma se desesperaba...... Casi no comía y lo que es dormir, nada.... Testigo de ello, aquel gabinetito que ya conocemos. La lámpara de Santa Rita ardía incesantemente.... Todo lo que deseaba, cuanto quería, sus menores caprichos, eran pedidos á la milagrosa abogada que parecía mirar á su devota con dulce lástima, con expresión compasiva; y muda, imperturbable, aparentaba ofrecerle á An-

selma con la serenidad de su mirada cariñosa, todo cuanto le pedía. En aquella mirada leía siempre una esperanza; adivinaba la pedigüeña una promesa.

En este punto conservaba Anselma la candorosa y sencilla fe de la niñez; tenía la seguridad de conseguir lo que deseaba de la santa, y como realmente quería al pintor, como de veras su pensamiento no tenía más norte, ni más mira, ni más objeto que aquel hombre que surgía, ante sus ojos, de todas partes; su misma sinceridad la alentaba y la misma le prometía, en su interior, el triunfo de sus anhelos.

Rezaba todas las noches, antes de recogerse, de rodillas, al pie del altarcillo de la primorosa imagen, además de la novena, multitud de oraciones que ella sabía y otras muchas que improvisaba allí, sin darse cuenta de aquella inspiración valiente y generosa que ponía la palabra en sus labios, para volar al cielo, clara, ferviente, suplicante, llena de unción y de ternura.

Nunca, y era la verdad, había experimentado Anselma ese doloroso malestar que hoy la afligía y en medio de ser doloroso, le gustaba;

se sentía bien con él; deseaba el placer, la satisfacción de sus deseos; pero no quería dejar de sufrir. Con aquel martirio pausado y profundo sentía el acabamiento físico; pero sentíase también llena de fortaleza moral. Gozaba de la noble satisfacción y la virtuosa entereza de todos los martirios legítimos! Y luego.. la duda.... la espantosa duda con su cortejo de negras sombras y de heladas cumbres y de insondables abismos. Esa mujer á quien Morello amaba ¿quién era? ¿Ella? ¿Era Anselma? Y ¡si era otra! ¡si estaba en aquel momento allí.... con su ídolo, con su adoración, mirándose en sus ojos, respirando su aliento, oprimiendo sus manos, besando su boca..."¡Oh! ¡no!..... ¡no!"..... Cuando estas bárbaras ideas entraban en su cerebro para atenacearlo, aun cuando estuviera de rodillas rezando, se levantaba, tiraba el cuadernito de la novena, y arrojándose sobre su lecho, desesperada, gimiendo, con incoherencias de loca, se deshacía en lágrimas que no acertaba á contener, que no se atajaban como no se ataja la sangre de una herida que está abierta.

Todos los días, Anselma, escribía cinco ó seis

billetitos llamando á Salvador con tal ó cual pretexto; pero cinco ó seis veces se arrepentía, haciéndolos pedazos. Cada vez que rompía uno, el desaliento, una especie de desmayo, de honda tristeza, tristeza de cuerpo y de alma, se apoderaba de su organismo, aniquilándola, hundiéndola en la impotencia, en el más amargo desconsuelo, y clavaba los ojos en los pedacitos de papel que arrastraba el viento por el piso, porque esto lo hacía en la azotehuela de su casa, donde había aire, luz, flores..... Aire, flores y luz que necesitaba la pobrecita, la pobrecita que se moría por primera vez de enamorada.

Como era de suponerse, este alboroto alcanzó también á Genoveva. Dió de mano á los libros, porque era natural: la novela que se estaba desarrollando á sus ojos, allí mismo, cerca de ella, la abstraía con sus escenas palpitantes y vivas. La novela escrita era novela muerta. ¿Qué podría interesarle más que Anselma? Nada. Intentó llevarla al teatro; imposible. Habíanla invitado á pasar un día, un día de santo; la fiesta era en Santa Anita, el viaje en canoas, con músicas, con flores, gran comida,

baile, canto...... Antes, Anselma se moría por todas estas cosas.... ¡imposible también! La muchacha no quería más que el encierro, eso le gustaba. Sola, en la soledad de su gabinete se sentía mejor que en ninguna otra parte. El balcón estaba tapiado para ella con un muro de cal y canto. Hasta en su vestido se notaba negligencia, descuido.... Jamás le había faltado un lazo en el cuello, ni una flor en la cabeza; acostumbraba atar la extremidad de su cabellera trenzada, con una cinta roja ó azul.... ahora no,.... el cabello se abría en cadejos al final y flotaban las hebras de oro virgen, sueltas al viento.

Genoveva no soportaba ya aquella situación; su deidad languidecía....

—Se acabó, se acabó, murmuraba. Sucedió al cabo lo que tanto temía yo.. Está enamorada, perdida, de remate. Y se resolvió á hacer lo que tantas veces había pensado, sin atreverse.

Llamó á Morello.

Pero Morello estaba en el campo, lejos, quién sabe dónde.

Entonces tomó una nueva determinación. Se propuso regañarla.

Inútil, inútil todo: Anselma oía los regaños sin murmurar; bajaba la cabeza y se deshacía en llanto. Era peor. Cada lágrima de aquellas caía sobre el corazón de Genoveva como una gota de plomo derretido.

Había que esperar. Genoveva hizo lo que hacen todos. Se entregó en brazos del tiempo.





XII

Era una noche espléndida, dábase un baile, un gran baile en el Casino Español. A las diez en punto llegaba Morello á la puerta del hermoso edificio iluminado como el día. Vaciló al entrar. Ella seguramente estaba allí, ella, á quien no había vuelto á ver durante cuatro meses. Todo ese tiempo se pasó fuera de México. Creyóse curado hasta aquel instante, hasta aquel mismo instante en que herido por la luz y herido por los acordes de un vals, se imaginó á Anselma, bella, gentil, alegre, cogida de la cintura por un galán,

con los brazos descubiertos y el seno desnudo, delizándose por los salones en voluptuosos giros en el vértigo de la alegría.

—No..... murmuró..... no..... no la quiero ver....

Pero su vacilación duró nada más que unos segundos; despojóse del sobretodo y aplastando su *klac*, entró resueltamente.

Nada más grato que penetrar en un salón de baile: nada más halagüeño, nada más dulcemente conmovedor. Qué elegancia en los trajes, qué atavío, qué limpieza. Todos los ojos brillantes, todas las bocas sonrientes, todas las frentes serenas. No se habla de negocios, no se habla de tristezas; hasta la sombra de las desdichas humanas huye de allí espantada, y las lúgubres ideas se escapan del cerebro de los mortales para refugiarse en las lejanías del porvenir.... ¡donde hay nada!

Un instante, Salvador, al respirar aquel ambiente tibio y perfumado con cien perfumes, se olvidó de todo. De repente llevó la mano á su pecho para oprimirlo, su corazón acababa de dar un vuelco, y por un segundo creyó que no volvería á latir. Vió á Anselma y Anselma lo

miró á él. Sintió en su rostro un extraño y pasajero frío y tosió. Toda la sangre había acudido á sus pulmones cortándole el resuello. Hizo un esfuerzo supremo y volvió los ojos para seguir con la vista aquella visión vestida de tul y raso color de granate con adornos negros, que había pasado á corta distancia del sitio en que se hallaba. Volvió á los corredores á buscar aire y distracción. Fumó un cigarrillo, dos.... tres..... Le parecía que al arrojar el humo de su pecho, algo más se escapaba con él que se llevaba el viento......
Pero ¿qué se había de llevar el viento? Ilusiones.... nerviosidades.

Cuando volvió al salón estaban haciendo una figura de cuadrillas lanceras; era el momento del paseo, la marcha triunfal de la belleza; sorprendido en su camino se replegó hacia el marco de una puerta, pegándose al quicio para dejar trecho á la tropa de parejas que desfilaban delante de él, de dos en dos. Las faldas de los vestidos rozaban sus rodillas al pasar. La vió.... se atrevió á mirarla.... venía.... se acercaba....

Anselma, ya próxima á él, llevó la mano de-

recha á su pecho, y arrancó de un ramito de flores que llevaba prendido sobre su corazón, una. Ya junto de Salvador, extendió el brazo y le entregó la flor. Él, aturdido, deslumbrado, la cogió con mano temblorosa, y oyó, murmurada en voz baja, pero al mismo tiempo breve, distinta, como una orden, como un mandato, esta sola palabra:

—Mañana.





XIII

Se levantó el sol brillante.... muy brillante.... ¡Qué hermoso día le pareció á Salvador después de tantos tan tristes y tan mudos! ¡Todo le hablaba al alma esa mañana! ¡todo tenía para él encantos y sonidos!

Y ¿qué sería para Anselma?.... ¿que sería? Casi de madrugada abrió los ojos y apenas amaneciendo, se envolvió el cuerpo en una bata, la cabeza en un rebozo, y se salió á su jardincito á buscar una flor, la más bonita, la que acababa de abrirse, para regalarla á su

santa, á su adorada santa, que la noche anterior le hizo el milagro.

Genoveva no cabía en sí de gozo, de satisfacción; ambas tenían la seguridad de que Morello iría. Anselma se compuso, se arregló cuanto la fué posible, se vió al espejo mil veces y aguardó.... y aguardaron.

Serían las nueve de la mañana cuando oyeron pasos de alguno que subía la escalera. Los pasos se detuvieron un instante... volviéronse á escuchar... de nuevo el silencio.... un silencio profundo; cada uno estaba oyendo la respiración de sus pulmones....

—Adelante... adelante... pase usted... bien venido—articuló Genoveva extendiéndole la mano á Morello, con la sonrisa en los labios, con el agasajo en la mirada.

Salvador cobró aliento..... avanzó..... entró en la sala....

Anselma se puso de pie, pálida, conmovida;.... se fueron aproximando el uno al otro y.... como impulsados por fuerza desconocida, movidos por un resorte, con la sonrisa de la felicidad en los labios, se abrazaron. ¿Por qué se abrazaron? Nunca, jamás se dirigieron

antes una sola palabra de amor. ¡Pero durante la ausencia se habían hablado tanto!

Todo se encontraba allí, como el día en que Morello estuvo la última vez.

Allí estaba el caballete...... en el mismo lugar, y en el mismo lugar, la caja y la paleta con sus promontorios de pintura endurecida, como pedazos de piedras de colores........

....

—Qué pálida estás y qué desmejorada...

—Y qué fea ¿no es cierto?

—¿Fea? No, Anselma, tú no podrás nunca estar fea; tu belleza no consiste en la regularidad ni en el color de tus facciones; está en otra cosa que no se pierde nunca.

—¿En qué, pues?

—En la expresión de tu semblante, en el resplandor de tu mirada, en el hechizo de tus movimientos, en tu voz.... en la atmósfera que te rodea.... ¿Has estado enferma?

—¡Y lo preguntas!

—¿De qué? ¿qué has tenido?

—¡Y lo preguntas!

—Te vas á poner buena....

—¡Ingrato!....



XIV

En realidad Anselma estaba enferma.

Todos los días iba el médico á visitarla, desde la ausencia de Morello, é inútiles fueron todos sus esfuerzos para aliviarla. ¡Nada! ¡La enfermedad seguía debilitando, aniquilando aquel cuerpecito que era el ídolo de Genoveva, el ídolo también de Salvador!

Los días se pasaban tal cual; pero las noches.... ¡qué noches tan llenas de desvelo y de inquietud! Se quejaba dormida como si le hicieran daño, como si alguien la martirizara.

—¿Qué tienes? niña, despierta....

—Tía, no tengo nada.... nada....

—¿Amas mucho á ese hombre, Anselma?

—Mucho, muchísimo.... ¡soñaba con él!

—Lo mismo te ha ocurrido otras veces... Cuando Carlos....

—¡Qué diferencia!

—No lo niego. Sin embargo....

—¿Qué?

—Podría suceder que olvidaras á Salvador.

—¡No es imposible! Pero yo te digo lo que siento hoy.... hoy.... ¿me entiendes? ¿No es eso lo que me preguntas?

—Pero tu enfermedad.... si eso es lo que te tiene enferma, prescinde....

—¿Prescindir? ¡de Salvador! ¿Sabes lo que me dijo anoche?

—¿Qué te dijo?

—Que el médico que me está curando, se empeña es verdad; pero que él cree que ¡vamos! que si se empeñara más.... que haciendo esfuerzos supremos...... torturando á la ciencia.... En fin.... que él, Salvador, iba á curarme. ¿Comprendes?

—Extravagancias de enamorado.

—De todas maneras, hay que agradecérselo.

—No digo que no.

—Me quiere mucho.

—Indudablemente, te adora ¡Pobrecillo!

—¿Por qué?

—Porque no debía enamorarse tanto.

—¿Sí? Adivino lo que me quieres decir.. Pero.... dado caso de que eso sucediera... quiero suponerlo, suponerlo no más, si yo le olvidara.... él me olvidaría también y..... ¡ya está!

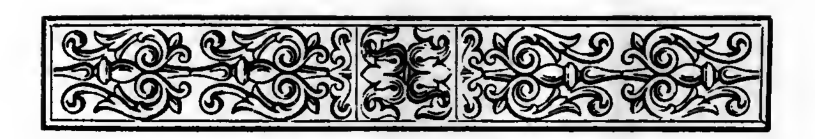
—¡Quién sabe!

—Bueno.... ¿y por qué has de inculparme? ¿Yo me hice? no. ¿Puedo ser de otro modo? no. Entonces.... si así soy....

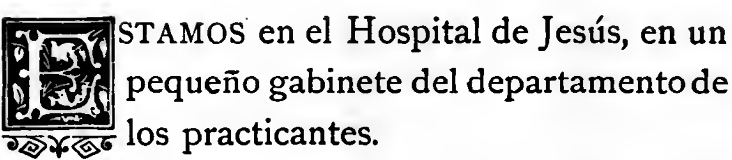
Una sacudida de tos, violenta, hueca, interrumpió á Anselma. Un acceso terrible.... largo. Duró media hora.

Después, rendida, agotadas las fuerzas, bañada en sudor, se quedó dormida, pensando en su Salvador, pensando en que él, transformado en médico, le devolvería la salud y con ella el bienestar y la ventura.





XV



ESTAMOS en el Hospital de Jesús, en un pequeño gabinete del departamento de los practicantes.

Este departamento era, y probablemente lo es todavía, un gran salón dividido en seis compartimientos, tres en cada lado, y separados por tabiques de madera que no llegaban al techo. Tenían acceso por un pasillo que remataba en una gran ventana.

El techo era común, lo mismo que el aire, lo mismo que las ideas y los pensamientos y los trabajos de los que allí habitaban. Cada

uno de estos compartimientos pertenecía á un interno, alojado allí, como un pájaro en su jaula. Había cuatro internos, las plazas se ganaban por oposición; era un honor obtenerlas y en la escuela alcanzaba consideración y distinciones de profesores y alumnos, el que servía aquellas plazas. Había además, casi siempre, un supernumerario, aspirante, y algunas veces dos.

Por aquellos días uno. De manera que estaba vacío un compartimiento; el de enmedio, á la derecha.

Allí, al derredor de una mesa de pino, pintada de color de caoba, sin hule, sin mantel, sentados en unas malas sillas, envueltos en sus capotes, ó en sus gabanes, porque hacía un frío intenso, estaban cuatro de ellos, descoloridos, maltratados por los desvelos y el estudio. Era época de exámenes; se perdió el tiempo, malgastado: había por fuerza que reponerlo.

Acababan de dar las cuatro de la tarde. Cada uno tenía delante un libro abierto.... En medio, la lámpara de alcohol de la *greca* del café arrojaba su llama rojiza con lengüetas azuladas. Allí estaba el vaso esperando ¡un vaso para todos!

Sonaron de repente pasos, afuera, en el corredor.

Empujaron la puerta, se oyeron chirrear los goznes y alguien entró....

—¿Eres tú, Díaz?.. dijo uno de los cuatro.

—No, no soy Díaz, soy yo, mi querido Orvañanos.

—¡Hola!.... adelante.... Salvador.... ¿tú por aquí?

—¡Qué milagro!.....

—Buenas tardes, caballeros...... cuánto gusto de verte, Jesús Sánchez,.... lo mismo te digo mi querido Castañares.... Aquí, estudiando ¿eh?; les felicito muy sinceramente, futuros amigos de los pobres, bienhechores del género humano. Y tú, buen Villada, gordiflón, siempre lo mismo....

—Siempre... y ¡qué milagro, vuelvo á repetirte, es mirarte por estos lugares!... ¿Qué paisajes vas á encontrar aquí tú, pintor de mis pecados?..... ¡Qué habrás venido á buscar!

—Pues no ha de ser la salud, dijo Orvañanos riendo, porque le sobra.

—Tienes razón, la salud no. Busco la enfermedad....

—¿La enfermedad? ¡cosa más rara!

—Sí, señores; vengo á pedir á ustedes un servicio....

—El que quieras, interrumpió Castañares, sabes que te queremos, que te queremos mucho, y te admiramos; lo que quieras, dí.

—Pero con una condición—agregó Orvañanos apagando el alcohol, porque en aquel momento el vapor del café se escapaba ya por las junturas de la greca.

—¿Cuál condición?.... respondió Salvador, sonriendo.

—Que nos pidas todo, menos dinero..... chico, ¡aquí no hay de eso!

—Convenido.... pero no, no hay cuidado, no es dinero lo que busco.

—¿Y qué es? dijeron todos.

—Busco una enferma....

—¡Ah! eso es otra cosa..... ¿te interesa alguna enferma?

—Sí.

—¿Cómo se llama?.... ¿En qué número?

—No lo sé.... me han asegurado que tienen ustedes aquí, en la sala de mujeres, una enferma tísica....

—¿Una tísica?.... Sí por cierto.... el 3. ¿Y para qué quieres ver una tísica? ¿Has abandonado el paisaje?

—No..... de ningún modo; pero estudio medicina....

Todos rieron.

—Con formalidad, señores..... realmente no estudio medicina; estudio la tisis.... Me interesa esta enfermedad; quiero conocerla, quiero curarla....

—¿Curarla tú?

—¿Por qué no?

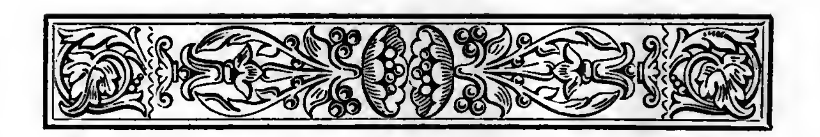
—¡Ah! persigues un específico.

—Tal vez.... ¿Qué haces, Villada?

Villada extendía el brazo sobre la mesa y daba vuelta á la llave de la greca. Por un tubo largo, estrecho, encorvado y con una cabecita de víbora por remate, comenzó á salir el café, negro como la tinta, hirviente, aromático.

—Servirme unos sorbos de café, respondió Villada, para acompañarte á la sala, Salvador. He tomado eso en serio y voy á complacerte.

—Gracias.



XVI

La sala de mujeres del hospital de Jesús, lo mismo que la de hombres, consta de veinte camas. Nunca son más ni son menos. Cada cama está separada de las otras por un cancel de madera.... En frente una cortina que la aisla del todo. El lecho, una mesita para colocar en ella las botellas y los pomos de las medicinas, otra más baja para comer, y dos sillas. Es todo el ajuar.

Las ropas de la cama y el vestido pertenecen al establecimiento. Todo es allí modesto, pero limpio y cómodo.

Villada y Salvador Morello, levantando la cortina, entraron en el número 3. La enferma tendría veinte años á lo sumo.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted sufriendo? preguntó Morello.

—Un año señor. ¿Usted es médico? ¿Viene usted á curarme? Gracias, muchas gracias, señor. ¡Si usted supiera! Yo me sentía muy bien, estaba buena, robusta...... Murió mi pobre madre.... del pecho; dicen que no se contagia la enfermedad del pecho; pero yo digo que sí.... Ya usted lo ve.... ¿Quién asistía á mi madre? Nadie más que yo. Es verdad que el pesar fué muy grande. ¡Pero tantas quedan huérfanas y nada les sucede! A mí.. sí... me sucedió... Caí enferma... perdí el apetito... ¿Ve usted mis brazos? ¡Qué flacos! ¡Dios mío! ¡Si ya no pueden estar más flacos! Poco á poco... yo no lo notaba... Una calenturita.. irritación..... nada más que irritación; pero todos los días, eso sí: sin faltar uno! La tos poca, al principio; después, ¡mucha! Recéteme usted alguna cosa para no toser tanto.... de noche es más. Cuando me quiero dormir... la tos ¡esta tos! me despierta y me ahoga...

me ahoga, sí, señor. ¡Todas mis compañeras duermen y yo las oigo dormir! Si cada una de ellas me diera una noche, ¡qué dichosa sería yo, señor doctor!

—Y ¿no se hizo usted nada para curarse al principio de la enfermedad?

—No, señor. Ya usted sabe.. los pobres.. yo no tenía con qué pagar al médico....

—¡Hay tantos médicos que no cobran á los pobres!

—Pero yo no conocía á ninguno.... Eso me han dicho: que dejé á la enfermedad que avanzara..... Ya estoy mejor, sí..... estoy aliviada..... ¡Si yo no hubiera tenido tanto miedo al hospital! Era mentira lo que me decían..... mentira.... Aquí me tratan muy bien; estoy muy agradecida...... Tóqueme usted las manos... queman. Ponga usted su mano.... aquí, en el pecho ¿ve usted? ¡Ahí me duele, ahí donde tiene usted sus dedos! ¡Qué flaca estoy! ¿No es cierto? Doy lástima,

—Y ¿qué está usted tomando?

—¿De medicinas?

—Sí.

—Arsénico.

—Y ¿qué más?

—Quinina..... cuando tengo la calentura muy fuerte, me dan quinina.

—Y esto ¿qué es?

—¿Eso?... es muy bueno, señor; me hace mucho bien.... es alquitrán.

—Y ¿nada más le hacen á usted?

—Sí, sí tal.... Este señor—y señaló á Villada con su enflaquecida mano—me aplica, aquí, en el pecho, unos cáusticos; no me molestan.... un poco.... sí.... nada más que un poco; pero me alivian la tos y respiro mejor. ¿Me han de poner más?

—Seguramente que sí.

—Y usted que cree.... ¿sanaré?

—¡Pues no ha de sanar!

—Yo así lo pienso....

—Y hace usted bien de pensarlo.

—¿Sanan muchas de esto que yo tengo?

—Muchas....

—Gracias, señor, me consuela usted....

—Adios.

—¿Ya se va usted? ¿volverá usted?

—Sí, tenga esto para cuando salga.

Salvador le puso en la mano unas monedas.

—¡Ah! Dios se lo pague á usted.... —Sr. Villada, mañana un cáustico.... Ya oye usted que son muy buenos....

Villada y Morello salieron.... En la puerta se encontraron con el supernumerario de la sala, que entraba.

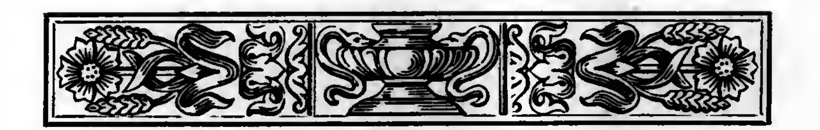
—Hola, Peón, como le ofrecí, ya usted lo ve....

—¿Se conocían?—dijo Villada, interrumpiendo.

—Pues cómo no.—Respondió Morello.

—Tanto, añadió el supernumerario, que sé á lo que vino.





XVII

La situación de Anselma era alarmante, su salud decaía de más en más.

Una calentura todas las tardes.... enflaquecimiento.... tos.... "¡Como la enferma del 3!" pensaba Morello.

Genoveva y Morello hablaban de eso á escondidas; tenían miedo de que ella, de que Anselma se preocupara.

—Y ¿qué dice el médico?—preguntaba Genoveva—¿que le ha dicho á usted?

—Que teme....

—La tisis ¿no es verdad?

—¡Eso! ¡Y como es tan joven!

—Ese mal no tiene remedio.... si se desarrolla.... ¡en esa edad!....

—Pero no tenga usted cuidado, Genoveva. Sobre todo, yo estoy haciendo un estudio especial de este terrible mal...... Ya usted lo ve.... desde que toma el arsénico, la mejoría es notable. ¿No lo ha observado usted? Ella misma lo confiesa.... se siente mejor.

—¡Ah! si no fuera por usted, Salvador; si no fuera por usted que la ha cuidado tanto.. con tanto interés....

—¿Y de qué otra manera podría ser?

—Anselma se moriría.... sí.... se moriría.... y yo.... ¡ni quiero pensar en eso!...

—Hará usted muy bien.

—No tendremos nunca ni ella ni yo, oígalo usted muy bien; ni ella ni yo, con qué pagar á usted, lo que usted, Morello, ha hecho por salvarla.

Y era la verdad.

Salvador estaba tan enamorado de Anselma que no podía estarlo más. Pasábase las horas enteras, inmóvil, pensando en ella..... nada más que en ella. Si pintaba, pintaba maqui-

nalmente, en fuerza de hábito y en fuerza de genio. Cuando la hora del crepúsculo invadía con sus melancólicos tintes y sus sombríos vapores la soledad de su estudio, el desaliento se apoderaba de su espíritu levantando en su imaginación los sombríos fantasmas del terror. En las lobregueces del cerebro, lo mismo que en las lobregueces de la tierra, las transformaciones espantan. La fantasía es la misma en el niño que en el hombre; pero ante el espanto, el niño se paraliza y el hombre huye.

Su manequi, al entrar las sombras por la vidriera, se convertía en un bulto negro; el bulto se movía extendiendo el brazo para cogerlo de los cabellos; los árboles de los cuadros se transformaban en animales extraños, en insectos horrorosos... Asomaban en los ángulos, debajo de las sillas, entre los cartones de los dibujos, muchas cabezas; cabezas de iguanas, de serpientes, de perros con las lenguas de fuera, y hasta cabezas humanos con los ojos bizcos y las bocas enormemente abiertas. Salvador huía.

Y sin embargo, no podía huir de su propio pensamiento.... Se lanzaba fuera de su casa; pero en las calles, en las plazas, en el templo,

en todas partes pensaba en Anselma muerta. Lo pensaba y la veía y se llenaban de humedad sus ojos.

Anselma, por lo contrario, se sentía dichosa, feliz. Amaba y era amada. La mejor época de su vida; esa vida, creía, sería interminable con sus goces, con sus ternuras, con sus halagos. Las sonrisas de su labio eran sonrisas del alma, libres, espontáneas, como que eran verdaderas y se creía que así eran también las sonrisas de Genoveva y de Salvador. ¡Qué engañada vivía! Salvador y Genoveva sonreían; pero con el alma llena de funestos presentimientos.





XVIII

CRUZANDO Morello una mañana la plaza mayor, se encontró á Villada.

—Malas noticias, le dijo éste, del 3.

—¿Malas?

—Sí, más malas no podrían ser....

—¡Ah!.... ¿murió?

—Murió.

—Y ¿cómo fué eso?

—La entrada del invierno.... el frío.... y la tisis....

Corrió á casa de Anselma, lo hizo cerrar todo.... todo.... calafateó las rendijas de las puertas y le prohibió que saliese.

—¿Ni á la sala?

—Ni á la sala.

—¿Tomaste el alquitrán?

—Lo tomé....

—Pero el aceite de hígado de bacalao.... no, murmuró Genoveva.

—¡Imposible! dijo Anselma.... yo no tomo eso... su vista solamente me descompone toda.... me trastorna.

—Lo tomarás.

—No lo tomaré.... ¡prefiero morirme!

—¿Prefieres morirte?

—Sí.

—Entonces.... que venga el médico.

—Menos; te aseguro que menos lo tomaría.

—¿De qué me ha servido entonces abandonarlo todo para ocuparme nada más que de tí?

—Pues ya lo ves, Salvador, de nada; no es culpa tuya....

—Pero tuya, sí.

—¿Mía?

—No tomas la medicina.

—Esa no.

—La más eficaz.

—¿Lo crees?

—Traiga usted el frasco del aceite, Genoveva.

—Salvador, es inútil.

—Lo veremos.... quiero ver cómo, dándotelo yo, lo rechazas.... lo quiero ver.

—Pues lo verás.

Genoveva trajo el frasco, un frasco triangular y una cuchara.

Salvador virtió en ella el aceite, aceite de Hogg. Se acercó á Anselma; quedo, muy quedo, para no derramar la cucharada; le pasó la mano por la cabeza, le acarició la mejilla, le dió un pellizco muy suave, muy cariñoso en el hoyuelo de la barba y le aproximó á la boca la cuchara.

Anselma bebió.

—Ahora el vino..... ¡pronto! el *vermout* Genoveva... ¡Qué torpes, Dios mío, debimos antes prepararlo todo!.... Espera chiquitina, un momento... ahí viene.... no hables.... no hables.... Aquí está.... el *vermout*.... ¡ya!.... ¡bien!... gracias, Anselma,... gracias; ahora sí.... eres una buena muchacha; ¿ya lo ves?

—Sólo porque te quiero mucho....

—Pues, por supuesto... ¡que por algo había de ser!....

—¡Te amo tanto!

—Y me amarás, así.... ¿siempre?....

Anselma vaciló un instante antes de responder.

—No, así no.... ¡más!





XIX

ANSELMA comenzaba á experimentar, á pesar suyo, cierto cansancio. Comenzaba á levantarse en su espíritu, como una atmósfera de indiferencia, como se levanta, al caer la tarde, la sombra de la noche.

En todo era lo mismo. En sus menores inclinaciones, en sus amistades, en sus trajes...

Veía un mueble.... le gustaba.... lo tenía.... y después de tenerlo,.... ¡no se ocupaba más de él!

Lo mismo le acontecía con los pájaros.... con las flores.

Hoy su amiga fulanita era un encanto. No podía pasársela sin ella.... ¡qué linda! ¡qué simpática! Quería estarla viendo por la mañana, al medio día, en la noche.... Dos meses duraba esto.... después..... ¡Cuánta mala cualidad! Todo era falso en su amiga ¡qué pesada! ¡qué tonta!

Delante de un aparador de la calle de Plateros, se extasiaba mirando un sombrero confeccionado por Mad. Arnaud. "¿Es muy caro? pues no importa. Tía, cómpramelo."

Y Genoveva, sucumbiendo, tenía que comprarlo.

Llegaba el sombrero á la casa. Anselma, trémula por la emoción, lo extraía de su caja como si extrajera de ella el mayor tesoro del mundo. Lo alzaba á la altura de sus ojos, lo contemplaba sonriente, palpitante, y en seguida, al espejo....

¡Qué flores tan bellas y tan acabadas! ¡Qué cintas y qué blondas! ¡Y qué bien le sentaba á aquel rostro de querubín el más encantador de los sombreros!... para tres días. Al cuarto ya no.... había que comprar otro mejor.... ¡mucho mejor!

Entonces Anselma, dueña ya de la nueva prenda, regalaba la anterior á alguna pobre muchacha que ella protegía; pues en medio de todo esto, Anselma tenía el corazón más bueno que imaginarse puede. Tenía sus pobres de los sábados y jamás se excusó de dar limosna cuando podía, y ¡hasta cuando no podía!

Siempre que la desgracia tocó á su puerta, salióle al encuentro la caridad de su alma, envuelta en el silencio, ocultándose, ciega y sorda, sin esperar siquiera una mirada de gratitud, una palabra de reconocimiento.

Extraños fenómenos del corazón humano. ¡Cómo podían amalgamarse en su pecho, alojándose en él simultáneamente, tanta ternura, tan bondadosos sentimientos y la mudabilidad y la inconstancia!

Y no se crea que Anselma había aprendido á ser así de alguien, de alguna amiga suya por el mal ejemplo. No. Cuando era muy pequeñuela hacía lo mismo con sus juguetes. Todas las mañanas quería uno nuevo.

El único juguete que no le fastidió nunca y que la entretuvo sin llegarla á aburrir, durante meses enteros, fué un kaleidoscopio.



XX

GENOVEVA se volvía loca de gusto. Comenzó á leer de nuevo sus novelas, porque Anselma, restableciéndose á gran prisa, recobraba su antigua lozanía.

Salvador la salvaba. Su triunfo era seguro.

Ella, envolviéndolo en esa dorada nube de las seducciones femeniles, lo dominaba, lo hacía su esclavo. De repente, clavando en él la vista dulce y penetrante, lo miraba.... lo miraba, y fija, inmóvil, aquella pupila negra, dilatándose, arrojaba sobre sus ojos, como un torrente de explendores, quién sabe qué luz que

lo desvanecía, quién sabe qué mágicas exhalaciones poderosas, irresistibles, dominadoras.

Con qué frases tan llenas de seducción, de firmeza y de verdad le pintaba su cariño, su amor sin límites, su pasión inmensa y profunda. Le cogía una mano y oprimiéndola suavemente entre las suyas, blancas y delicadas, lo atraía hacia sí, en tanto que, aproximando su cabeza á la de Salvador, hacía rozar los flotantes rizos del fleco, que caían sobre su frente como un dosel dorado, con las sienes de aquel hombre que se extremecía, que sentía la sangre subir en olas zumbando en sus oídos, y lo agotaba y lo rendía, haciéndole aspirar el aliento escapado de aquella boca llena de gracia, de hechizo y de voluptuosidad.

Una tarde, al oscurecer de una hermosa tarde, después de una de estas violentas escenas de ardoroso entusiasmo y de ternura infinita, él, después de jurarse en su interior amor eterno y lealtad inacabable á aquella criatura que, más que mujer, se le aparecía como una diosa en el camino de su vida, murmuró:

—Así..... así ¡siempre! ¡cuánto te amo!

—Y yo.... ¡te adoro!

—¿Me adoras? ¡ah!.... Pero ¿será siempre?....

—No lo sé....

—Pues ¿no dices que me adoras?

—Por ahora..... sí; mañana..... ¡quién sabe!....

Morello sintió como si le atravesara el pecho la fría hoja de un puñal, y se quedó mirándola, pálido, serio....

—¿Es posible? añadió pasado un rato. ¿Es formal eso que me has respondido?

—No.... no lo creas..... he chanceado contigo nada más.





XXI

UÉ trabajo costó al pintor dormirse aquella noche! Hacía muchos días que observaba algo extraño en la conducta de Anselma, en su modo de ser.

Menos expansión, menos ternura. También notó que entre ella y Genoveva pasaba algo. Un día, al entrar bruscamente en la sala él, había sorprendido estas palabras de la tía: "Pues dícelo; vale más," y Genoveva estuvo después, contrariada, pensativa, indiferente con su sobrina, sin dirigirle la palabra, como si esperara la ocasión de reñirla.

—¿Qué les pasa? preguntó Morello ¿acontece algo?

—Nada.... contestó Genoveva, no tal... Y los dos, después de mirarse rápidamente al soslayo, bajaron los ojos.

Muchas veces la mirada de Anselma, en otro tiempo clavada siempre en Salvador y siguiendo sus movimientos, se perdía en el espacio.. vaga.... indefinible.... Parecía que su pensamiento estaba en otra parte.

Además, y esto sí llenó á Morello de inquietud y de amargura, la había encontrado muchas veces en el balcón al pasar por la calle. ¡Hacía muchos meses, muchos, que Anselma no se asomaba á su balcón!

Todo esto lo recordó Morello aquella noche..... Los celos entraban en su pecho armados de todas armas, lentamente, lo mismo que un ejército de verdugos: heríanlo, torturábanlo. Se acordaba de aquel Rojaso y de sus misteriosas palabras. Además, la había llamado "coqueta;" él, Antonio Rojaso; un niño.

Al preguntarle si lo amaría siempre, cuando ella le respondió "quién sabe," su expresión era sencilla, natural, su acento sincero, el mis-

mo acento con que tantas veces le había dicho: "te quiero, te amo." Después, sorprendida, cogida, había tratado de componerlo, sí, de componerlo; pero ya era tarde. La duda duerme siempre en el corazón humano y tiene el sueño ligero: ¡es tan fácil despertarla!

Qué tristeza, qué amargura tan grande se apoderó del espíritu del pintor que vivía, el día anterior, tan dichoso y tan contento de su cariño, de sus amores. Una palabra es á veces como la luz que se hace en un cuarto á obscuras; todo aparece á un tiempo á nuestros ojos. Deseaba ardientemente que amaneciera; quería volver á verla, á hablarla, á oirla. Creía que Anselma fácilmente le arrancaría del alma aquella pena, como cree el enfermo que va á arrancarle su médico el dolor que lo tortura, con sólo su voz, con su presencia sólo.





XXII

Esta escena se repetía frecuentemente, con más ó menos variantes; pero en el fondo la misma:

—¿Tienes algo, Salvador?.... serio, contrariado.

—Así es.

—¿No estás contento?

—No.

—¿No me amas ya?

—Mucho.

—Parece lo contrario.

—Nunca te amé tanto.

—Entonces ¿qué es lo que tienes?

—Que no te tengo confianza....

—Me ofendes....

—Me quejo.

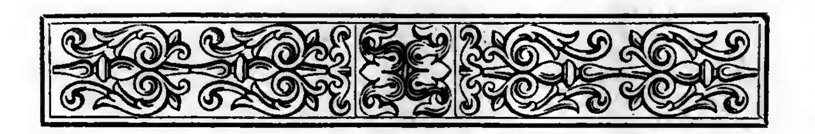
—No tienes razón.

—¡Quién sabe!

—Pues si desconfias, paciencia, hijo, paciencia. Y Anselma tarareaba, mirando el techo, una tonadilla entre dientes, llevando el compás con los dedos sobre el brazo de su sillón. Salvador se ponía más serio.... Anselma de cuando en cuando le dirigía una mirada, y al notar en su semblante tanta sombra, tanta abstracción, le tomaba la mano y le hablaba ternezas y le decía primores, tan dulce, tan melosa, tan llena de gracia y de suavidad, que sucedía lo que sucede siempre cuando se está enamorado: Salvador se dejaba halagar y seducir... ¡Ay, era Anselma tan bella y la quería tanto!....

Pero al día siguiente volvían las distracciones, los embelesamientos.... y las salidas al balcón.

Aquello no tenía remedio.... Anselma estaba enamorada nuevamente.... ¿De quién?



XXIII

Es temprano: Anselma, apoyada en el antepecho del balcón, con el busto echado afuera, sigue con la mirada á un hombre, un caballero, elegante, vestido de negro, que va ya lejos...... y lo sigue hasta que da vuelta á la esquina. En el momento en que ha desaparecido, Anselma desaparece también. Salvador lo ha visto todo.... Una casualidad.... así pasan estas cosas.... ¡La casualidad interviene en todo!....

Salvador echa á andar, á prisa, muy á prisa, llega á la calle para la cual aquel hombre ha dado vuelta.... allá va.... distante; pero lo

alcanza.... Tiene alas. Pero no solamente lo alcanza, sino que lo llama por su nombre... quiere convencerse, nada más; porque antes ya le ha conocido, de espaldas; como que es amigo suyo, muy amigo. Es Diego Vargas, diputado al Congreso de la Unión..... muy simpático, mucho talento, gran orador.

—Hola Diego....

—¡Ah, Morello!—Y se detiene....

—Chico, vuelas.... no andas....

—¿Por qué?

—Desde la Alcaicería te vengo dando caza,

—¿De veras? ¿Desde la Alcaicería?

—Si tal.... por cierto que había allí.... en un balcón.... digo....

—¿Lo reparaste? ¿la conoces?....

—Hombre, sí.... la conozco.... es amiga mía; más te diré: es mi discípula.

—Pues vaya que me alegro....

—¿Te.... interesa?

—No, palabra de honor, pero es guapa... ¿cómo se llama?

—Anselma.

—Siempre la veo allá... en su balcón... casi todos los días.



XXIV

UNA noche, Salvador anticipó la hora de su visita.

Al entrar vió sobre el sofá un periódico. Esto significaba un acontecimiento para el que conocía las costumbres de la casa. No estaban suscritos á ningún diario.

Anselma se vestía aún en su gabinete y Genoveva, que se encontraba sola en la sala, al mirar á Salvador, así como distraída, como quien pone arreglo en las cosas, después de enfilar los sillones, de empujar al centro de la mesita redonda un florero que estaba cerca de

la orilla y de componer el mechero del quinqué, que estaba demasiado salido, dejándolo todo envuelto en una suave y misteriosa media luz, echó mano al periódico....

—Con permiso, dijo á Genoveva extendiendo el brazo, ¿qué papel es ese? ¿cómo ha venido aquí? ¡Ah! *La Iberia.* Excelentes columnas.... ¡ya lo creo! como que las redacta D. Anselmo de la Portilla, el distinguido escritor.. ¿Quién ha traído á ustedes *La Iberia?*

—La verdad..—murmuró Genoveva—si quiere usted que yo le diga, con franqueza, no lo sé.... ¡Ah! sí..... es probable..... eso es.... porque se lo ví en la mano... se lo ví en la mano á Orsini el afinador de pianos... estuvo aquí esta mañana; lo dejó olvidado.

—Y.... ¿afinó el piano?

—Por supuesto que sí.... ya se necesitaba... Tendremos pronto que cambiar ese por uno americano... esos sí que son buenos... fuertes..... eternos..... ¿Conoce usted los pianos americanos, Salvador?

Pero Salvador no oía.... no entendía.... Salvador estaba leyendo un largo artículo encomiástico, muy encomiástico, referente á Die-

go Vargas, en el cual elevábanlo, muy justamente, hasta las nubes, quemando incienso en aras de su talento, de su elocuencia, de su ilustración y del ruidoso triunfo que había obtenido en una de las últimas sesiones del Congreso....

—¡Ah! murmuraba entre dientes... sí... sí.... ya no me queda duda.... y luego alzando la voz, dijo:

—Y ¿Anselma ha leído este periódico?

—¡Qué ha de leer!.... Anselma y yo no leemos nunca periódicos.... Aquí hemos estado juntas las dos, y ¿creerá usted que no nos ha tentado la curiosidad?

Entró Anselma.

—¿Leyendo el periódico? dijo al entrar.

—Sí, ¿quién te lo trajo?

Genoveva en este instante se salió de la sala, tosiendo.

—Que.... ¿quién me lo trajo?

—Sí.

—¿Y eso qué importa? ¡vaya una bagatela!

—¿Quién lo ha traído?

—¡Jesús! que exigente...... lo trajo una amiga.... ¿Y qué?

—¡Nada!.... Toca un poco al piano.

—Está desafinado.

—¿Pues no vino hoy Orsini?

—No.

—Entonces.... leeremos este artículo en que se habla de mi amigo Diego Vargas.

—¿Ese?.... Leelo tú, si quieres, yo lo he leído ya.... ¿Es tu amigo?

—¿Te interesa Diego Vargas?....

—¿A mí?.... Nada.





XXV

PASARON dos días. Anocheció el tercero: un domingo de carnaval.

Salvador fué al baile.

Multitud de máscaras llenaban el salón y Salvador buscaba.

De repente vió venir, á cierta distancia, una pareja. Él, alto, bien formado, con dominó de raso color de plomo á listas negras. Ella, con dominó negro y capucha blanca. Su mismo andar, sus mismos movimientos...... trataba de disimularlos; pero no podía. Era Anselma.

Salvador la reconoció en el acto y dándole alcance y pasando cerca de ella, le dijo al oído:

—¡Diviértete!

Pocos momentos después Anselma y Salvador estaban juntos.

—¿Quién es tu compañero, Anselma?

—Diego Vargas....

—¿Le conocías?

—Sí, le conocía y tú no lo ignorabas.

—Pero nunca le trataste....

—Hasta hoy.

—¡No me dijiste que te acompañaría!....

—A última hora.... un compromiso....

—¿Qué piezas vamos á bailar?

—¡Quién sabe!.... las que se puedan...

—¡Anselma! eso quiere decir....

—¿Ya empiezas con tus celos?

—No... no empiezo... no lo creas, Anselma.... No.... ¡No empiezo!.... ¡estoy acabando!....

Y se alejó de ella para siempre.





XXVI



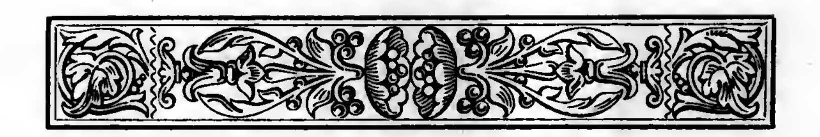
ANSELMA se lanzó con su compañero en el torbellino de la mascarada... ¡Carnaval!.. ¡Carnaval!... ¡Carnaval!..

¡Eso es el mundo siempre para quien sabe juzgarlo!

¿Qué le importaba ya á Anselma el pintor? ¿Quién era ya para ella Salvador Morello?

¡Nadie!





XXVII

SENTÓSE en una silla y se echó de bruces sobre la mesa que tenía delante. Era esto en su estudio, que ya conocemos, á las tres de la mañana para amanecer lunes de carnaval.

Volvía del baile, ebrio; pero de dolor. En aquella actitud apretaba los párpados para comprimir sus ojos porque así le parecía que torturaba su cerebro para reconcentrar sus ideas, locas, desperdigadas, que se le iban. Y entre la masa confusa de sus pensamientos, semejante á una penumbra sin límites, aparecían

no más aquellas dos figuras, aquel máscara alto, robusto, hermoso, y su compañera, ella, con aquellos graciosos y gentiles movimientos llenos de soltura, de nerviosidad, de histerismo, de gracia infantil, con la cabeza vuelta hacia él, y los ojos, al través de la careta, brillantes, luminosos, ardientes: dos ascuas, dos soles, dos soles que alumbraban á otro que no era él; para el máscara el día; para Morello, la noche eterna. ¡No volvería á amanecer para su corazón y para su alma!

Cayó sobre él el sueño, brusco, aplastándolo de repente, y durmió, despertándose á las seis, con los ojos hinchados y las escleróticas inyectadas de sangre. Salvador, dormido, había llorado.... Conservaba aún en las mejillas la humedad de sus lágrimas, la cabeza pesada, aturdida.

Sintió un horrible desconsuelo, el vacío... la soledad y el ansia intensa, desesperante, de ver á Anselma, de oírla, de hablarla. ¡Ay, nunca! Volvió la vista en derredor, experimentó vehementes deseos de correr, de gritar, le espantó su locura, su delirio, la ebriedad de su pasión profunda, arraigada en su pecho

como árbol secular en la tierra de la montaña, y exhalando un suspiro rencoroso y apasionado, de desaliento, de estupor, tomó una determinación rápida, instantánea, pero decisiva.

"Lo venderé todo y me iré lejos, muy lejos".... dijo y se salió á la calle á buscar un amigo..... un conocido, cualquiera, á quien contarle sus penas, sus dolores, su resolución. El despecho abriría sus labios; necesitaba consuelo, necesitaba socorro. Era el mendigo haraposo que salía en busca de la miseria de un centavo, para satisfacer la sed y el hambre que le devoraban, necesidad del alma, la sed más cruel, el hambre más exigente, más punzadora, irresistible.

El Miércoles de Ceniza, á las seis de la tarde, había vendido ya sus muebles, sus prendas, las prendas de su corazón, las obras de arte que allí tenía, acumuladas una á una, en medio de su pobreza, con sólo su voluntad, con el "quiero," haciendo esfuerzos supremos, sacrificios sin nombre.

Tres días antes no hubiera dado sus cuadros por todo el oro del mundo; aquellas pinturas que lo recreaban, que levantaban su espíritu

vislumbrador y activo á las soñadas alturas, en donde están las águilas del arte, donde el sol de los genios luce, donde la inmortalidad resplandece con el brillo eterno de la gloria.

Nada quedaba ya en aquel espacio desnudo y triste como la losa de un sepulcro. Al entrar imaginábase al pintor muerto, cualquiera creería que acababa de salir de allí el cadáver de Morello.

A la semana siguiente se leía esto en las columnas de un diario:

"Copiamos de un colega de la capital:

"Salvador Morello, nuestro insigne pintor, se ha embarcado para Europa, tomando pasaje en el vapor francés "Etoile" que zarpó ayer de Veracruz.

Deseamos á nuestro amigo un viaje feliz, gran cosecha de triunfos y laureles y pronto regreso."

"Nosotros, admiradores entusiastas del notable viajero, abundamos en los mismos sentimientos.

R. R."



XXVIII

LLEGÓ á París Morello. Los primeros días fueron dichosos.... La novedad, la vivísima impresión que causó en su ánimo de artista, de verdadero artista, la gran ciudad, emperatriz del mundo: sus calles, sus edificios, sus plazas, sus museos; el Bosque, los monumentos, las iglesias, las tabernas, la Morgue, el Sena con sus aguas sombrías y sus puentes más sombríos aún;.... cuanto le habían contado, lo que había leído en la historia y la novela, la novela sobre todo. Se encontraba él allí, en el terreno, en el escenario, en los luga-

res mismos donde se habían desarrollado, en otro tiempo, ante su ardiente imaginación de niño y de joven, los dramas de distintas épocas, maravillosamente referidos por Dumás, Víctor Hugo, Sué, y tantos otros privilegiados ingenios.... Pudo así olvidarse algunos ratos de Anselma.... Esto era algo.

Nada más algunos ratos. Después, como si su espíritu buscara reposo, ¡cosa rara! se empeñaba de nuevo en aquella terrible lucha con los recuerdos llenos de imágenes del pasado. Pretendía sondear el corazón de Anselma; echábase á nadar en el mar de fuego de aquella alma adorada, donde tantas tempestades se habían levantado bajo un cielo azul y sereno, y como el náufrago que salta al fin á la orilla y se sienta á descansar, presa de los más amargos pensamientos, disculpaba á Anselma, la rodeaba de sus afectos, de sus ternuras, la envolvía en la aureola luminosa de su perdida gloria de artista y, divinizándola, le entregaba allí, solo, el mundo de sus ilusiones, el torrente de los suspiros de su pecho, el caudal de sus lágrimas, amargas y silenciosas.

"Sí,—murmuraba—ella no tiene la culpa,

es buena, muy buena; su amor, aquel amor tantas veces jurado, era sincero. ¿Por qué había de ser eterno? ¿Por qué había de durar tanto como el mío? ¿Han de perecer siempre los afectos con el barro quebradizo, con la materia vil y deleznable que guarda el humano sentimiento? No. ¡Esto es lo real! ¡Pobre Anselma mía! Yo mismo, continuaba: ¿No creí amar tantas veces? ¿No huyeron de mi memoria visiones del amor que creí también duraderas? ¡Ah! dichosas, dichosas, mil veces, las almas mellizas que han de parecerse como la fisonomía de los seres que al mundo llegan juntos, y con la misma identidad de facciones y de movimientos bajan al sepulcro un día.

¡Qué multitud de ideas, extravagantes y extrañas, pululaban en la mente de Morello! Ideas que en el reducido espacio de su cráneo, se mezclaban, se confundían, como en inmensa plaza en día de carnestolendas, las gentes de distintas razas, con diferentes trajes, abigarrados, de diverso idioma, que se empujan, se codean, ganando y perdiendo el terreno, disputándoselo, vociferando, sin comprenderse, hasta que la noche sobreviene y las dispersa,

quedando el sitio, donde hubo tanto movimiento y vida, envuelto en sombras, desolado, yermo, lóbrego como el caos. Tal quedaba el cerebro de Morello después de uno de estos frecuentes accesos de sentimentalismo tan positivo, tan natural en el hombre que no tiene ya el poderoso incentivo de la pasión más grande de su vida: el sér amado.

Al día siguiente, después del escaso y conturbado sueño, Salvador saltaba del lecho, fatigado, con torturas de cuerpo y de alma, y salía á la calle.... ¡Cuántas mujeres! ¡cuántas! Una tras de otra pasaban ante sus ojos, deslumbrantes de hermosura, de belleza, en la plenitud de sus abriles, llenas de flores, de joyas, de cintas, de encajes, y llenas sobre todo de seductora gracia y femenil hechizo. Pero, ¡ay! ninguna de esas mujeres era Anselma, y ella había de ser. ¡Ninguna otra!

Una noche, pasado el tiempo, se encontraba en el Teatro de la Opera, grandioso, soberbio, espléndido. Terminada la función, al salir, en un pasillo, se acercó á él un lacayo y le entregó una esquela, pequeña, perfumada. Rasgó el sobre y leyó esto, escrito de prisa y con lápiz:

"Caballero: si no tiene usted inconveniente en tratar á una dama que se precia de hermosa y de discreta, siga usted al portador."

Aquella era una aventura.... una peregrina aventura.

Siguió al criado y á algunos pasos del pórtico del gran Coliseo, su guía se detuvo junto á un magnífico carruaje tirado por dos soberbios caballos negros y lustrosos como el azabache.

Abrió la portezuela y quitándose el sombrero respetuosamente, dijo:

—Pase usted, señor.

Morello subió y sentóse al lado de una mujer que allí estaba. Ni ella ni él hablaron una palabra.... él saludó y nada más.

Se detuvieron á la puerta de un palacio, cerrado todo por fuera. Por dentro, profusamente iluminado.

Al pie de la escalera de mármol blanco, aquella mujer pidió el brazo á Salvador lleno de embarazo, confuso.... aturdido..... No tenía la costumbre.

Entonces fué cuando pudo verla, examinarla, y extasiarse, porque la dama era hermosa

y muy bella; una rubia soberanamente bella. ¡Qué lujo, qué suntuosidad! El piso, las paredes, los techos.... por todas partes luces, columnas, estatuas, flores.... ostentoso.... regio.... Llegaron á un pequeño gabinete, tibio, á media luz, y correctamente amueblado.... ¡Cuánto buen gusto... cuánta riqueza!... las colgaduras... las sillas.... el sofá sobre el cual ella se dejó caer, al mismo tiempo que lo cogía á él de la mano y lo hacía rodar á su lado.........................

Cuando Morello salió de aquel palacio era ya de día.

Al obscurecer, después de algunas horas de fiebre, de vacilaciones, de dudas, Morello volvió...... ¡Quería verla otra vez! Un lacayo estaba encargado de no dejarlo subir.... ¡lo echaron!.... Después la vió en el teatro dos veces, en su palco, arrobadora con su original belleza; pero ella no le reconoció ni aun se dignó mirarlo... Dijéronle que era una condesa italiana, amiga de un embajador belga.

Aquel placer satánico de unas breves horas; el extraño capricho de aquella mujer misteriosa y extravagante, no hicieron otra cosa que

despertar de nuevo, más intenso, más vivo, el recuerdo de Anselma en el corazón de Salvador. Volvía á presentársele en todas partes, risueña, seductora, llena de aquel amor tan puro, tan dulce, tan lleno de ilusiones para el porvenir y.... ¡tan falso!.... ¡tan pasajero! El pintor era, desgraciadamente, demasiado impresionable....

Así había nacido, era su temperamento, y se entregó al dolor de aquella pasión tan mal correspondida. Vinieron, primero, la honda y triste amargura, después la pereza...... el abandono.... la inacción..... Más tarde la embriaguez, la orgía con su cadena de horrores y de enervantes placeres, y por último, la miseria.... y ¡la enfermedad!

—¡La una del alma!.. ¡la otra del cuerpo! —dijo Morello—y se acostó en el lecho del dolor......





XXIX

COMO no recibían periódicos, ni Anselma ni Genoveva se informaron del párrafo que anunciaba el viaje de Salvador. Supieron, pasado el tiempo, por casualidad, que el pintor vivía en París; pero la verdad es que, eso, en nada les interesaba.

Una noche, serían las diez, cuando se presentó una criada en el aposento de Anselma con una carta en la mano. La muchacha se preparaba para concurrir á un baile en casa de su amiga Rosa Beltrán, hermana, precisamente, de un gallardísimo jóven, poeta novel, pero

de claro ingenio y donosa inspiración y que pasaba en aquellos días por rival (afortunado) de Diego Vargas, cuyo sol trasponía el horizonte.

Así, á lo menos, la crónica lo aseguraba.

—¿Una carta?

—Sí, señorita. Y el cartero aguarda el valor del porte.

—¿Cómo así?

—Viene del extranjero.

—¿Y quién puede escribirme á mí del extranjero? ¡Ah, sí!....

Cruzó una idea por el cerebro de Anselma.

—Tía, paga el porte de esta carta. ¿Sabes qué me he imaginado?....

—¿Qué?—dijo Genoveva entregando á la criada una peseta.

—Que me escribe Morello.

—Después de tanto tiempo.. imposible.. ¡más de ocho meses!.... ¿Y qué ha de escribirte?.... ¿para qué?

—¡Quién sabe! aguarda.... Voy á ver...

Anselma rompió el sobre.

—Vístete.... niña;.... después.... ¡qué curiosidad!....

—Sí, tía..... la verdad es que mi curiosidad es mucha..... Bien que sólo me faltan los pendientes.... y el polvo.... ¡Ah!....

Anselma dió un grito, un grito de sorpresa.... tal vez de vanidad....

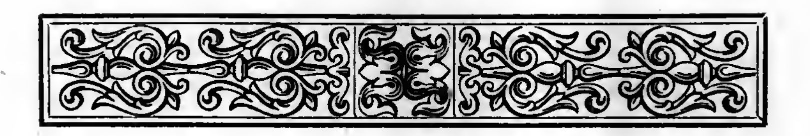
—¿Qué pasa? murmuró Genoveva.

—¡Él!.... ¡te lo decía yo!.... Aquí está su firma.. mirala—"Salvador"—¿A ver?.. Pasó la vista por las primeras líneas.

En seguida se puso lívida y balbuciente, con voz sombría,—dijo, apartando los ojos de la carta:

—¡Qué cosas tan tristes hay aquí!....

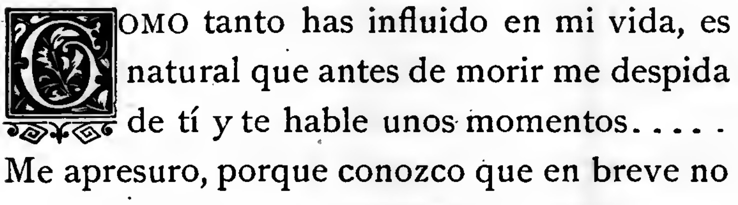




XXX

"París, Enero 6.

ANSELMA:



COMO tanto has influido en mi vida, es natural que antes de morir me despida de tí y te hable unos momentos. . . . . Me apresuro, porque conozco que en breve no podré tomar la pluma entre mis dedos.

Si me vieras, no me conocerías. Vivo, si esto es vivir, en un aposento tan pequeño, que apenas caben en él mi lecho y una silla. Es bastante para mí que no puedo moverme; estoy paralítico. Me sirve un criado imbécil y crapuloso que me olvida, que me deja casi siem-

pre sin alimentos y sin medicinas...... Esto último no importa... No quiero sanar, lo que quiero es no sufrir...... ¡Qué horribles son, Anselma, la soledad y el abandono! Ni una palabra de consuelo, ni una amiga mano, ni una sola mirada de compasión y de ternura.. ¡Se respira aquí la helada tristeza de los cementerios! Cuando estuviste enferma... ¡qué diferencia!.... ¿te acuerdas?

Anoche estuve recordando aquellos hermosos días del amor cuando á tu lado me embebecía mirándote acabada de salir del baño, envuelta en la lluvia de oro de tu copiosa cabellera, todavía húmeda, oliendo á limpio.

Me he acordado de tus palabras, de las mías, de tanta locura y de tanto delirio..... Todo ¿para qué? Mi amor al arte, mi amor al trabajo, mi amor á mis hermanos..... ¡á mi madre!.... todos mis amores, perdidos por tu amor que era nada: un capricho tuyo, pasajero, fugaz... ¡Eso fué! Para tí la vida, para mí la muerte. ¡Ya lo ves!..... Tú despedazaste mi corazón, lo mismo que un niño hace pedazos la luna del espejo ante la cual se divirtió mirándose, algunas horas antes de romperlo!

No puedo más.... todo se va borrando en mi memoria.... y me cuesta trabajo, mucho trabajo, recordar....

Hoy ha dicho el doctor que me confiese... Mañana iré al hospital; así me lo acaba de repetir la portera de esta casa.... ¡Mejor! Si supieras.... ¡qué horribles penas!.... de día descanso; pero de noche ¡qué dolores! se hacen pedazos mis huesos.... mi cuerpo todo es una lástima.... una miseria.... Yo veré la manera de que esto termine.... que se acabe pronto.... pronto....

Adios.

SALVADOR."

Dentro de la misma cubierta venía otra carta más pequeña en papel de luto. Anselma la abrió. Decía así:

"Enero 7.

SEÑORITA:

El enfermo que escribió la adjunta carta y me recomendó al entrar hoy, que la pusiera en el correo; poco después, inadvertidamente, por una inconcebible equivocación, se bebió la medicina del número 7, que estaba destinada para uso externo, en lugar de las cucharadas que le

había ordenado el médico en jefe de la sala. A pesar de los esfuerzos hechos para salvarlo, ha fallecido hoy mismo, en el seno de la Iglesia, á las nueve y media de la noche.

Vuestro respetuoso servidor,

A. JANIN,
Interno del hospital de San Luis."



MÉRIDA, FEB. MARZO, 1891.